

## EL ESTÉRIL MATRIMONIO ENTRE LOS OBREROS ESTADOUNIDENSES Y EL PARTIDO DEMÓCRATA

En vísperas de la inauguración del New Deal en invierno de 1933, la industria del automóvil de Detroit sufría un estado de *shock* provocado por una huelga enérgica y muy bien organizada en la planta automovilística de la Briggs<sup>1</sup>. Tras tres años y medio de desempleo casi catastrófico y de inactividad paralizada por parte de la American Federation of Labor [AFL, Federación Estadounidense del Trabajo], la huelga de la Briggs marcaba el renacimiento de la militancia industrial. Este «Lexington y Concord de la rebelión del sector automovilístico», tal y como fue calificada, se libró por dos exigencias que serían centrales en la mayor parte de las huelgas de los primeros años del New Deal: reconocimiento empresarial de los comités de fábrica controlados por las bases y limitación de la autoridad de los capataces y de los supervisores de cadena<sup>2</sup>.

Diecisiete años más tarde, tras cientos de huelgas locales, así como dos huelgas a escala nacional (1937 y 1946), los United Auto Workers [UAW, Trabajadores del Automóvil Unidos] firmaron el denominado «Tratado de Detroit» con la General Motors. Este acuerdo de 1950, con su compromiso de no hacer huelga durante cinco años, simbolizaba el final del largo ciclo de lucha de clases en torno al New Deal/Fair Deal [Nuevo Pacto/Pacto Justo] y establecía el modelo de negociación colectiva que ha prevalecido durante el último cuarto de siglo. Por un lado, el acuerdo aceptaba el mantenimiento de la representación sindical y aseguraba un incremento periódico de los salarios y los beneficios ligado al crecimiento de la productividad. Por otro lado, el acuerdo –al afirmar la inviabilidad de los derechos de gestión, al renunciar a la protección obrera frente al cambio tecnológico y al atrapar el sistema de trámite de quejas en un laberinto burocrático– liquidaba a su vez justo esa preocupación por el poder de las bases en el proceso de trabajo inmediato que había constituido el eje central del levantamiento inicial de 1933-1937 en el sector automovilístico y en otras industrias de producción en masa. Tal y como lo expresara astu-

---

<sup>1</sup> Me gustaría dar las gracias a John Amsden, Perry Anderson, Bob Brenner, John Laslett y Brigid Loughran por sus útiles comentarios y sugerencias.

<sup>2</sup> Sobre la huelga de la Briggs, véase R. KEERAN, «Communists and Auto Workers», Universidad de Wisconsin, tesis doctoral, 1974, pp. 102-115.

tamente *Fortune* en la época: «La General Motors podía haber pagado mil millones por la paz... pero consiguió una rebaja»<sup>3</sup>.

El largo camino desde la democracia informal en las plantas productivas de la primera huelga de la Briggs hasta el chanchulleo de salón del acuerdo de 1950 y la correspondiente dilución y desplazamiento de las exigencias de las bases que éste supuso, se ha tendido a atribuir a la burocratización paulatina de los nuevos sindicatos industriales. Se ha sostenido que esta transformación experimentó una aceleración a causa de la intervención estatal en el periodo bélico y se consolidó con la metamorfosis definitiva de los antiguos dirigentes obreros combativos en los «nuevos hombres de poder» de la era de posguerra<sup>4</sup>. Ya se ponga el énfasis en la represión de la izquierda obrera o, simplemente, en el funcionamiento de una «ley de hierro oligárquica» mitchelsiana, el triunfo del burocratismo se ha tendido a ver como el hecho determinante en la disipación del activismo en las bases.

De este modo, ha quedado oscurecida, la dialéctica más profunda y menos unilateral que corre entre la osificación del sindicalismo industrial dentro de un molde burocrático y el contenido y la trayectoria cambiantes de la militancia de masas. El Committee for Industrial Organization [CIO, Comité para la Organización Industrial] no fue, tal y como ha sido descrito común y frecuentemente, el resultado de una única ebullición heroica de ardor de la clase obrera. Por el contrario, los nuevos sindicatos obreros se constituyeron a través de momentos discontinuos y muy desiguales de organización de masas que movilizaron a estratos diferentes del proletariado. Además, tal y como intenté demostrar en un artículo anterior publicado en esta misma revista<sup>5</sup>, el CIO era heredero de un legado contradictorio. Por un lado, heredaba las derrotas acumuladas de las épocas anteriores: las profundas divisiones entre sectores de la clase obrera, la ausencia de un nexo unificador de instituciones proletarias comunes, el oscurantismo del sindicalismo gompersiano de los gremios obreros y el matrimonio forzoso entre la clase obrera católica y el Partido Demócrata. Por otro lado, recibía el fuego todavía llameante encendido por los *wobblies*<sup>6</sup>, y por los Caballeros del Trabajo [*Knights of Labor*] antes que ellos, que seguía ardiendo en los cuadros reducidos, pero indómitos, de los trabajadores revolucionarios empleados en las minas y en las fábricas no organizadas. A la izquierda estadounidense contemporánea, todavía obsesionada por el enigma insoluble y por el atractivo de la

<sup>3</sup> *Fortune* (julio de 1950), p. 53. Para un análisis del acuerdo de 1950 en la General Motors, véase F. EMSPAK, «The Break-Up of the Congress of Industrial Organizations (CIO), 1945-1950», Universidad de Wisconsin, tesis doctoral, 1972, pp. 364-365.

<sup>4</sup> Para las primeras exposiciones de esta postura, véase H. MITCHELL, «Union Structure and Democracy», *Enquiry* (enero de 1943) y C. W. MILLS, *New Men of Power*, Nueva York, 1948.

<sup>5</sup> M. DAVIS, «Por qué la clase obrera estadounidense es diferente», *NLR* 31, marzo-abril de 2005 [ed. orig.: «Why the U.S. Working Class is Different», *NLR* 123 (septiembre-octubre de 1980)].

<sup>6</sup> Miembros de los Industrial Workers of the World [IWW, Obreros Industriales del Mundo]. [*N. de la T.*]

década de 1930, no le ha costado nada creer que el curso de todo aquel decenio estaba predeterminado por las estructuras profundas de la historia estadounidense. Por otra parte, ha resultado aún más sencillo creer que todo era posible; que la clase obrera de las décadas de 1930 y 1940 estaba ahí esperando, con una militancia en bruto y un instinto de clase espontáneo, la indicación revolucionaria «adecuada», como si se tratase de uno de los personajes de una obra de Clifford Odets.

Un juicio más cuidadoso de las posibilidades y determinantes contradictorias del CIO debe centrarse precisamente en esta tensión entre las condiciones heredadas en el momento de su nacimiento y los nuevos terrenos abiertos por la insolencia creativa de la lucha. La ineluctabilidad de la inserción burocrática de los nuevos sindicatos; las posibilidades que existían en sentido opuesto, es decir, de surgimiento de un radicalismo de masas y de un partido obrero... éstas son las cuestiones que hay que situar en relación con la lógica interna de la oleada de lucha de clases de diecisiete años de duración, desde la Briggs hasta el Tratado de Detroit. El primer paso es identificar las coyunturas clave en la historia del CIO que cristalizaron determinados equilibrios de fuerzas y, al mismo tiempo, anularon otros. De hecho, cuatro periodos destacan con claridad como fases integrales, constitutivas, en la formación de los sindicatos industriales:

1. El primer levantamiento, 1933-1937: la rebelión inicial del proletariado industrial no organizado, que empezó con las huelgas de 1933 a raíz de la *National Recovery Act* [NRA, Ley de Recuperación Nacional] y culminó en la «fiebre» de las huelgas con ocupación de los centros de trabajo del invierno y la primavera de 1937. Cabe sostener que éste constituyó el momento de máximo apogeo de la lucha de clases de la historia estadounidense moderna.
2. Guerra civil obrera (I), 1937-1941: a partir de la «Recesión Roosevelt» del verano de 1937, la gran ofensiva del CIO quedó encallada ante el desempleo creciente, el terrorismo empresarial renovado y, en especial, la competencia cada vez más eficaz de la AFL, que mantenía una actitud colaboracionista con las clases dominantes.
3. El segundo levantamiento, 1941-1946: una segunda fase de expansión del CIO gracias a la recuperación industrial, estimulada por la industria de defensa, de finales de 1940 y principios de 1941. Después de una nueva serie de huelgas de masas en 1941 (Ford, Goodyear, Bethlehem y Allis-Chalmers), la acción sindical oficial se suspendió en virtud de un compromiso de no hacer huelga durante el periodo bélico reforzado por la iniciativa gubernamental de imponer la sindicalización en las industrias de guerra. Esta estatificación incipiente de los sindicatos industriales provocó una oleada explosiva de militancia salvaje durante todo el periodo de 1943-1945, hasta la restauración de la hegemonía burocrática con las grandes huelgas de 1946, que funcionaron como «válvula de escape».
4. Guerra civil obrera (II), 1947-1950: la estrategia de organización de posguerra del CIO (empleo público, venta al por menor, «Operación Dixie», etcétera) se hundió en medio de una nueva ofensiva conjunta de empleado-

res y Estado (Ley Taft-Hatley en 1947), unida a la sangría provocada por la Guerra Fría en el seno del propio CIO: purga de los sindicatos con dirección de izquierdas, creación de enormes listas negras y redadas a gran escala dentro de la organización. El resultado de todo ello fue un nuevo estancamiento del crecimiento del CIO y nuevos beneficios para la AFL.

En la exposición que viene a continuación, utilizaré esta periodización como marco para una tentativa de reconstrucción de la dinámica interna de la militancia del CIO en relación con el desarrollo real y *potencial* de la conciencia política en el seno de la clase obrera industrial.

## I. DE BRIGGS A FLINT

El periodo inicial de formación del CIO –1933-1937– se ha estudiado incomparablemente mejor que su expansión durante el periodo bélico; sin embargo, al mismo tiempo, la historiografía de esta etapa heroica ha tendido a llenarse de tantas incrustaciones de mitología e ideas fijas que determinados rasgos cruciales han quedado velados. En particular, hay tres aspectos del «gran levantamiento» obrero que es preciso poner de relieve de manera mucho más clara:

*En primer lugar*, la mayoría de la base combativa del nuevo sindicalismo la proporcionaron los trabajadores de segunda generación, hijos e hijas de los «nuevos inmigrantes» de 1900-1920, cuya activación como sindicalistas estaba estrechamente relacionada con su movilización como baluarte electoral del New Deal. Tal y como ha sostenido Samuel Lubell, «la verdadera oleada revolucionaria tras el New Deal se apoyó en [...] (la) combinación de la depresión con el auge de una generación que se había (mal)alimentado de la aglomeración de nuestras ciudades y de los abusos del industrialismo»<sup>7</sup>. En 1930, había veinticinco millones de estos estadounidenses de segunda generación; junto con sus padres, constituían un tercio (cuarenta millones) de la población blanca y una mayoría de la clase obrera. Aunque los dirigentes de origen autóctono o irlandés todavía tendían a disfrutar de un peso desproporcionado entre el personal dirigente de los sindicatos y de las ofensivas organizativas, las primeras bases del CIO eran trabajadores de segunda generación en las plantas siderúrgicas, las minas de antracita, las envasadoras, los hornos de coque, las fundiciones y las cadenas de montaje de la industria automovilística. Su relación con el auge de la década de 1920 era parecida a la de los trabajadores negros con la «opulencia» de la década de 1960: deslumbrados por la visión y los olores de un banquete en el que nunca se les permitía participar. Congelados desde el punto de vista ocupacional en nichos descualificados y serviles semihereditarios, obligados a cargar con la peor parte de la pobreza urbana y de los tiempos difíciles, pero ya no limita-

---

<sup>7</sup> S. LUBELL, *The Future of American Politics*, Londres, 1952, p. 29.

dos por la lengua de sus padres o por supersticiones campesinas, se trataba de una generación lista para la rebelión.

*En segundo lugar*, cuando por fin se produjo la sublevación industrial en 1933, no se refería ante todo a los salarios, ni siquiera a la jornada laboral. De hecho, la idea clave subyacente era de un carácter sorprendentemente poco economicista: en una mayoría de casos, la queja fundamental era el pequeño despotismo en el puesto de trabajo encarnado en el poder caprichoso de los capataces y en las presiones inhumanas de las cadenas de producción mecanizadas. Hay que recordar que, en 1933, la fábrica estadounidense característica era un Estado feudal en miniatura, donde tecnologías racionalizadas se combinaban con una brutalidad manifiesta que constituía la envidia de los ministros de Trabajo fascistas. En las enormes ciudadelas de Ford en Dearborn y en River Rouge, por ejemplo, los «hombres de servicio» del jefe de seguridad Harry Bennett aterrorizaban y golpeaban públicamente a los trabajadores de la cadena por transgresiones de las reglas de la planta como hablar entre sí estando en la cadena. En el colosal complejo de Goodyear, en Akron, la mayoría de los trabajadores se habían tenido que enfrentar a una «brigada móvil» paramilitar de favoritos y chivatos de la empresa. Pero los escenarios más totalitarios eran sin duda las duras poblaciones siderúrgicas de Ohio, Pensilvania, Illinois e Indiana —las «pequeñas Siberias» de Aliquippa, Weirton, Steelton, Duquesne, etc.—, donde magnates de la siderurgia como Tom Girdler o Benjamin Fairless ejercían dictaduras locales ilimitadas. Tal y como lo expresara en una ocasión el alcalde Crawford de Duquesne, «Jesucristo no podría interceder en Duquesne por la American Federation of Labour»<sup>8</sup>. Así pues, no resulta sorprendente que el impulso más hondo de las primeras huelgas industriales fuera una lucha por la democratización en el puesto de trabajo y por libertades civiles en las poblaciones de las empresas. En uno de los pocos estudios del desarrollo del CIO centrado en una comunidad, James McDonnell ha demostrado hasta qué punto los trabajadores industriales de Buffalo a principios de la década de 1930 estaban preocupados por el establecimiento de acuerdos sindicales y de sistemas de antigüedad que sirvieran para restringir el poder desenfrenado de la dirección empresarial. Esta búsqueda de cierto grado de control en el lugar de trabajo adoptó formas específicas en diferentes industrias: en las plantas siderúrgicas de Buffalo, por ejemplo, la queja fundamental se refería al control por parte de los capataces a la hora de «determinar» la contratación de nuevos trabajadores, mientras que para los obreros del automóvil, ésta tenía que ver con la aceleración indiscriminada de las cadenas de montaje<sup>9</sup>.

*En tercer lugar*, esta rebelión no le debía nada (al principio ni siquiera en las minas) a la mano benevolente de John L. Lewis o de otros dirigentes

<sup>8</sup> J. R. WALSH, *CIO: Industrial Unionism in Action*, Nueva York, 1937, pp. 51-52.

<sup>9</sup> J. R. McDONNELL, «The Rise of the CIO in Buffalo, New York: 1936-1942», Universidad de Wisconsin, tesis doctoral, 1970, pp. 35-46.

oficiales. De hecho, el aspecto más sorprendente de la insurgencia de principios de la década de 1930 era la autonomía desafiante de los comités de fábrica (por lo general, clandestinos) con respecto a cualquiera de los aparatos oficiales. La hagiografía liberal, con su atribución de un papel progresista decisivo al paradójico Lewis (en reencarnaciones anteriores o posteriores, la *bête noir* [bestia negra] de la izquierda) ha confundido tradicionalmente las cosas por su necesidad de ver la formación del CIO como un paso adelante rotundo, histórico, en la «marcha del sindicalismo». Al mantener esta posición, ha tendido a confundir el proceso a través del cual se desarrollaba la militancia en las bases con los muy diferentes intereses y causalidades implicados en la crisis interna de la vieja burocracia de la AFL. Para sopesar los acontecimientos de manera más precisa, tenemos que tener presente un hecho crucial: el Committee for Industrial Organization era una alianza de burócratas sindicales disidentes, con importantes recursos financieros y amigos con influencias, creado con el propósito de hacerse con un movimiento de masas ya existente de comités de fábrica industriales y de personas rebeldes de diferentes localidades, un movimiento con peligrosas propensiones embrionarias hacia un modelo antigomperiano de «sindicalismo de lucha de clases».

Un breve repaso del surgimiento del CIO puede aclarar por qué la intervención del ala de Lewis-Hillman de la burocracia de la AFL, respaldada por Roosevelt y por el ministro de Trabajo Perkins, constituyó en última instancia un regalo envenenado para los movimientos de base implicados.

### *Las vanguardias de los movimientos de base*

Tras la aprobación de la *National Recovery Act* de 1933, de talante neocorporativista (con su célebre punto 7.A, que establecía, con una ambigüedad calculada, el «derecho de los obreros a representantes de su propia elección»), estalló una oleada de huelgas que se extendió cual luz de verano por todo el corazón industrial. A excepción del textil y la minería del carbón, donde la espontaneidad de las bases pronto fue utilizada para reconstruir el poder de burocracias establecidas, la dirección de estas «huelgas de la NRA» provino de dos tipos de vanguardias no oficiales.

Por un lado, estaban los núcleos establecidos de cuadros revolucionarios, entre los que destacaban las células de fábrica del Partido Comunista, sus sindicatos separatistas del «tercer periodo» afiliados a la Trade Union Unity League [Liga por la Unidad Sindical] y, quizá de manera más significativa, sus federaciones y organizaciones culturales eslavas, finesas, magiars y judías, que le proporcionaron un acceso privilegiado a los «nuevos inmigrantes» de primera y segunda generación<sup>10</sup>. Además, deben mencionarse los grupos, mucho más pequeños, pero importantes a escala local, de trots-

---

<sup>10</sup> El número de afiliados al Partido Comunista casi se duplicó entre 1933 y 1935 (de 14.000 a 27.000), pero su influencia real se vio ampliada en gran medida gracias a sus audien-

kistas, *wobblies* y miembros del American Workers' Party (*musteites*)<sup>11</sup>, así como los afiliados sindicales del antiguo Partido Socialista.

Por otro lado, había agrupaciones informales de trabajadores de alta cualificación que conservaban y transmitían tradiciones de neosindicalismo gremial de un sesgo más radical que el de la corriente mayoritaria de la AFL. Con fabricantes de maquinaria muy bien pagados y técnicos de mantenimiento móviles entre sus filas, este estrato de elite tendía a estar sujeto a una supervisión muy flexible y, en virtud de su movilidad o de su ubicación estratégica en el proceso de trabajo de la industria de producción en masa, disfrutaba de una posición excepcional para proporcionar dirección y coordinación a los esfuerzos organizativos de los operarios y los obreros de cadena. Los drásticos recortes salariales a finales de la década de 1920, seguidos del impacto de la Gran Depresión, llevaron a amplios sectores de esta aristocracia cualificada de la industria de producción en masa a rechazar el exclusivismo gremial y el autoctonismo que habían demostrado ser fuente de tantas divisiones en las huelgas industriales del periodo de 1909-1922. En la nueva coyuntura, en cambio, hubo grupos de obreros de oficio que desempeñaron papeles catalíticos en la organización de las «huelgas de la NRA». El primer representante destacado de esta insurgencia de los obreros cualificados contra el «fordismo» fue la Mechanics' Educational Society of America [MESA, Sociedad Educativa de Mecánicos de Estados Unidos], con base en Detroit y compuesta principalmente (aunque no de manera exclusiva) por torneros fabricantes de herramientas y moldes bajo la influencia de tradiciones «delegadistas» británicas. En otoño de 1933, la MESA, uniéndose a grupos de obreros semicualificados, logró poner en huelga las fábricas de herramientas y moldes bajo contrato del área de Detroit y creó la primera cabeza de papel sindical en la industria del automóvil<sup>12</sup>.

---

cias radicales dentro de las distintas comunidades étnicas. En 1930, el Partido Comunista sacaba nada menos que ocho publicaciones *diarias* en lenguas extranjeras, en concreto, en finés, yiddish, ruso, lituano, ucraniano, croata, húngaro y alemán. Algunos historiadores han atacado la composición de origen arrolladoramente extranjero del comunismo estadounidense (90 por 100 en el momento de su fundación en 1919 y todavía 80 por 100 quince años después) como el motivo de su supuesta marginación, pero hay que sopesar este juicio en relación con la verdadera composición de la propia clase obrera industrial. En 1933, por ejemplo, el proletariado de fábrica era todavía en un 60 por 100 de origen extranjero o «nuevos inmigrantes» de segunda generación. Si acaso, la afiliación al Partido se correspondía con la estructura contemporánea de la clase y eso le proporcionaba ventajas incuestionables frente a grupos más «americanizados» como los *musteites* (American Workers' Party, Partido de los Obreros Estadounidenses [véase nota 11]), que encontraron grandes dificultades para introducirse en medios proletarios étnicos. Para estadísticas, véase N. GLAZER, *The Social Basis of American Communism*, Nueva York, 1961.

<sup>11</sup> Seguidores de A. J. Muste (1885-1967), uno de los activistas sociales no violentos más importantes de Estados Unidos durante el siglo pasado. En el ámbito de las luchas laborales constituyó y dirigió una de las secciones más radicales del sindicalismo estadounidense (la Progressive Labor Action). Sobre A. J. Muste consúltese <http://the-spark.net/other/swpubwc.html>. [N. de la T.]

<sup>12</sup> Sobre el papel seminal del «trabajador autónomo» en el ascenso del CIO, véase R. SCHATZ, «Union Pioneers, the Founders of Local Unions at General Electric and Westinghouse, 1933-1937», *Journal of American History*, 66 (1979), en especial, p. 595.

A finales de 1933 y principios de 1934, estos destacamentos avanzados de radicales y de obreros de oficio rebeldes habían empezado a cimentar alianzas con grupos estratégicos de trabajadores de segunda generación semicualificados que, a su vez, movilizaron las fuerzas ocultas de grupos de trabajo y redes étnicas informales. Los comités de fábrica ampliados buscaron nuevas conexiones con otras plantas de la misma ciudad o industria. Esta búsqueda de solidaridad en los ámbitos ciudadano e industrial produjo un torrente de nuevas solicitudes de carnets de la AFL (obligando al Partido Comunista a abandonar sus sindicatos dobles a finales de 1934), así como una revigorización espectacular de los consejos obreros centrales por ciudad. Al mismo tiempo, este renacimiento del sindicalismo –David Brody considera este periodo el cenit de la participación de masas en el movimiento obrero<sup>13</sup>– planteaba un dilema delicado a la derechista troika dominante de la AFL, formada por Hutchinson, Frey y Woll, y al «*trust* ocupacional» gremial que ellos representaban (respectivamente, las industrias de la construcción, el metal y la imprenta). Su problema consistía en encontrar una manera de mantener el control sobre el nuevo sindicalismo al mismo tiempo que impedían su materialización en cualquiera de las dos formas subversivas a las que se había opuesto tradicionalmente el bloque gremial conservador: los sindicatos industriales de masas o sus equivalentes funcionales, movimientos obreros ciudadanos independientes y muy incluyentes. La solución de la Junta Ejecutiva estribó en obligar a los nuevos sindicalistas a incorporarse temporalmente a «ramas locales federales», sometidas a una posterior redistribución entre las ramas internacionales de obreros de oficio, y en conferir a funcionarios «expertos» (ineptos y alcohólicos) de la AFL nombrados por el presidente Green un control dictatorial sobre las campañas organizativas en la industria básica.

### *Las intrigas de la AFL*

La entrada del aparato de la AFL funcionó de inmediato como una fuerza desalentadora sobre los movimientos de base de la industria. Lo que exigían los insurgentes de las industrias eléctrica, siderúrgica, automovilística y cauchera era un plan combativo de batalla contra las corporaciones que fuese dirigido a huelgas nacionales convocadas lo antes posible y respaldadas por la AFL. Los plenipotenciarios de Green, por otro lado, empleaban cada gota de astucia para descarrilar los movimientos huelguistas y para llegar a acuerdos con la dirección y el gobierno. En la industria del automóvil, por ejemplo, las intrigas de los organizadores principales, Collins y Dillon, junto con la aquiescencia de la AFL en una formulación intolerablemente proempresarial del reglamento de la NRA aplicable a la industria, provocaron una revuelta abierta en los comités de fábrica loca-

---

<sup>13</sup> D. BRODY, «Labor and the Great Depression: The Interpretative Prospects», *Labor History* 13 (primavera de 1972), p. 242.



les, que siguieron adelante, bajo la influencia de la izquierda, sentando las bases de una rama internacional independiente de los trabajadores del automóvil. En las industrias eléctrica y cauchera, se produjeron rupturas similares entre los militantes de base y sus «dirigentes» nombrados desde arriba. En la siderurgia, sin embargo, el sabotaje por parte de la AFL del gran movimiento de 1933-1934 en pro de una huelga en el sector llevó a una desmoralización más permanente, puesto que decenas de miles de obreros de las bases abandonaron las ramas locales federales y las logias fusionadas.

Entretanto, los lazos de solidaridad nuevamente forjados a escala local encontraron una expresión explosiva en las tres huelgas ciudadanas sucesivas que sacudieron Toledo, Minneapolis y San Francisco en 1934. En cada uno de estos casos, la lucha de un sector destacado de trabajadores locales (del automóvil, marítimos y conductores de camiones) bajo el liderazgo de revolucionarios declarados (*musteites*, trotskistas y comunistas) catalizó enfrentamientos masivos y muy violentos entre obreros y capital. La AFL nacional respondió a estos disturbios eludiendo toda responsabilidad y presentando denuncias, mientras Tobin, de los Teamsters [sindicato de camioneros] enviaba matones para reventar la huelga de los conductores radicales de Minneapolis.

Por lo tanto, para cuando John L. Lewis llegó a asestar un legendario directo al mentón de *Big Bill* Hutchinson en la convención de la AFL de 1935 —precipitando simbólicamente la salida de los futuros sindicatos del CIO—, amplios sectores de las bases industriales estaban ya profundamente alejados de la dirección de la AFL o en revuelta abierta contra ésta. De manera todavía más amenazadora, se estaba produciendo una *radicalización* visible del movimiento de base expresada tanto por el crecimiento de los grupos de izquierdas como, sobre todo, por su habilidad para llevar a masas de trabajadores a grandes luchas como las huelgas de 1934. Además, la capacidad de la izquierda de funcionar como un polo alternativo de liderazgo se veía enormemente incrementada gracias al frente industrial que unía *de facto* a comunistas y socialistas y que surgió en 1935 y duró, por lo menos en la industria del automóvil, hasta marzo o abril de 1937<sup>14</sup>. Aunque esta breve temporada de unidad de izquierdas no era más que una moda pasajera de los comunistas (por entonces de camino del sectarismo del tercer periodo al servilismo del frente popular), constituyó un factor vital en la siguiente fase, la más radical, de la rebelión en la industria: la oleada de huelgas con ocupación de los centros de trabajo de 1936-1937.

---

<sup>14</sup> Sobre este efímero frente unido, cfr. J. STAROBIN, *American Communism in Crisis: 1943-1957*, Princeton, 1977, p. 38; y S. LYND, «The United Front in America: A Note», *Radical America*, 8 (julio-agosto de 1974).

## *La fiebre de las ocupaciones de fábricas*

En el año que transcurrió entre los veranos de 1936 y 1937, los comités de fábrica de las industrias automovilística, cauchera y eléctrica –junto con movimientos de base afines en el sector marítimo– lanzaron una ofensiva sostenida casi sin igual en la historia estadounidense tanto en cuanto a creatividad táctica, como en su demostración del poder del obrero colectivo en la industria moderna. Al unir a obreros cualificados y descualificados, autóctonos y de origen extranjero, estas huelgas «crearon una solidaridad que los obreros estadounidenses no habían conseguido hasta entonces»<sup>15</sup>. En la raíz del éxito de esta oleada huelguista, que abrió brecha por primera vez en los principales bastiones del capital (General Motors, US Steel, General Electric y Chrysler), se encontraban dos recursos inestimables. Por un lado, la recuperación o, quizá, la reinención de aquellas tácticas radicales basadas en la solidaridad y la iniciativa de las bases de las cuales habían sido precursores los *wobblies* durante la generación anterior: la huelga con ocupación del centro de trabajo y el piquete de masas. La otra variable crucial era la calidad de la dirección estratégica y de la coordinación entre plantas que proporcionó la izquierda, particularmente los comunistas. A diferencia del generalato de arriba abajo que por desgracia se hizo muy característico de los «creadores de opinión» sindicales del Partido Comunista después de 1938, los líderes huelguistas comunistas de 1936-1937 (Mortimer y Travis en el sector automovilístico, Emspak en la industria eléctrica, etc.) eran auténticos tribunos de las bases que trabajaban con energía implacable para ampliar y profundizar la participación de masas en la organización huelguista. Tal vez no sea una exageración afirmar que se llegó de manera temporal a una síntesis fecunda entre la tradición de lucha extremadamente igualitaria y participativa sacada de los *wobblies* y algunos de los mejores elementos del énfasis del leninismo estadounidense en la organización, la disciplina y la estrategia<sup>16</sup>.

Los resultados fueron asombrosos: una epidemia de huelgas de brazos caídos que arrancó en el sector del caucho en 1936, fue retomada por los trabajadores del automóvil en su épica huelga contra la General Motors del invierno de 1937 y acabó estallando en la fiebre primaveral de 1937, cuando cerca de 400.000 trabajadores organizaron 447 huelgas<sup>17</sup>. Poderosas cor-

<sup>15</sup> M. DUBOFSKY, «Not So “Turbulent Years”: Another Look at the American Thirties», *Amerika Studien*, 24, I, p. 8.

<sup>16</sup> Por desgracia, sólo se alcanzó esta «síntesis» temporal en el plano práctico; no se hizo ningún intento importante de teorizar las lecciones de las huelgas de brazos caídos, ni de apreciar estratégicamente la importancia de defender la autonomía y la democracia de los comités de fábrica. Realizando una interesante comparación entre el primer CIO y los movimientos de delegados británicos de la Primera Guerra Mundial, David Brody señala la ausencia en la década de 1930 de una ideología «sindicalista» sustentadora, preocupada por los problemas del control obrero o del liderazgo funcional de fábrica. Véase D. BRODY, «Labor History and Rank and File Militancy», *Labor History* 16 (invierno de 1975).

<sup>17</sup> Entre los huelguistas de 1937 había trabajadores de hospital, recogedores de basura, enterradores, trabajadores ciegos, ingenieros, presos, inquilinos, estudiantes y jugadores de béisbol. El estudio fundamental sobre esta oleada de huelgas es el de S. FINE, *Sitdown*, Ann

poraciones parecían caer como fichas de dominó ante tales prodigios de energía de las bases como la ingeniosa captura de la «Fisher Number Four»<sup>18</sup> o el piquete de casi *dieciocho* kilómetros a -9°C que organizaron los trabajadores del caucho en el complejo de Goodyear en 1936. Al asaltar directamente la inviolabilidad de la propiedad empresarial y brindar a los trabajadores la revelación premonitoria de su poder colectivo, las huelgas y ocupaciones parecían estar transformando la conciencia proletaria y disolviendo viejos adoctrinamientos. Las encuestas sociales entre trabajadores militantes del caucho en Akron, por ejemplo, mostraban una falta «peligrosa» de respeto por la propiedad empresarial, así como la fortaleza de un *ethos* de grupo que valoraba los derechos humanos por encima de los derechos de propiedad.

El objetivo de los burócratas secesionistas encabezados por Lewis y Hillman era contener este torrente de militancia de masas y reducirlo a un conjunto de tributarios pacíficos bajo su mando. Su modelo de sindicalismo industrial era el de la propia United Mine Workers [UMW, Mineros Unidos] de Lewis, que no permitía la afiliación a radicales y cuya constitución estipulaba «un control central estricto, una autonomía local limitada y una participación de las bases minimizada»<sup>19</sup>. Allí donde no había una organización previa de comités de fábrica o núcleos sindicales que cubrieran toda una industria, lo que se impuso fue exactamente esta estructura. Los Comités Organizadores tanto de los Trabajadores Siderúrgicos como de los Trabajadores de las Envasadoras (SWOC y PWOC, respectivamente) fueron operaciones efectuadas de arriba abajo en sentido estricto, encabezadas por lugartenientes de Lewis de la UMW elegidos a dedo, que reemplazaban a los líderes locales existentes. Tal y como ha observado Bert Cochran, «no había ni convenciones, ni elecciones, ni ramas locales o de distrito»<sup>20</sup>. En las industrias en las que un golpe de mano de este estilo resultaba imposible (es decir, donde existía ya cierto marco nacional unificado: las industrias automovilística, cauchera, eléctrica y petrolífera), Lewis creó una estructura doble de representantes territoriales y directores regionales. El personal del CIO trabajó mano a mano con funcionarios del New Deal para impulsar acuerdos negociados «responsables» y eliminar el uso desenfrenado de la huelga y ocupación de los centros de trabajo. Irónicamente, la persona a quien Lewis confió la misión de aplastar las huelgas poco después de su primer brote en Akron a finales de marzo de 1936 fue Adolf Germer, antiguo dirigente de la oposición socialista en la UMW. Con la colaboración del Ministerio de Trabajo, Ger-

---

Arbor, 1969; mientras que es posible encontrar una evocación interesante de la experiencia de la Nueva Izquierda en J. BRECHER, *The Sitdown Strikes of the 1930s*, Root and Branch Pamphlet, núm. 4, Charlestown (Mass.), 1972.

<sup>18</sup> El autor se refiere a la astuta ocupación durante la huelga de 1936-1937 protagonizada por los trabajadores de la General Motors de la Chevy Plant Number Four situada en Flint, Michigan. Véase al respecto <http://www.bbc.co.uk/dna/h2g2/A672310>. [N. de la T.]

<sup>19</sup> L. L. CARY, «Institutionalized Conservatism in the Early CIO: Adolf Germer, A Case Study», *Labor History* 12 (otoño de 1972), p. 494.

<sup>20</sup> B. COCHRAN, *Labor and Communism*, Princeton, 1977, pp. 100-101.

mer intentó acabar con la huelga, pero las bases, crispadas ya por sus anteriores experiencias con organizadores de la AFL, «siguieron recelando de todo el mundo salvo de sus propios representantes sindicales locales» y abuchearon a Germer en un mitin masivo<sup>21</sup>. Después de algunos meses más de esfuerzos en Akron, Germer siguió la epidemia huelguista hasta Detroit, donde era el representante de mayor rango del CIO disponible para el inicio de la histórica huelga de la General Motors. Sin embargo, sorteando las objeciones de Germer y su obstruccionismo mezquino, la dirección socialista y comunista de Flint y Cleveland impuso a Lewis el conflicto de la General Motors como un verdadero hecho consumado.

### *Amansar a las bases*

El éxito de los líderes de base a la hora de mantener su autonomía e iniciativa durante la huelga de Flint contrasta con lo que sucedió algunos meses después. En marzo de 1937, Lewis consiguió abortar un intento de repetición de las huelgas de la General Motors en Chrysler, frustró una propuesta de huelga general en Detroit y, a finales de la primavera, detuvo la oleada de huelgas de brazos caídos. Aunque la embestida de una segunda crisis económica en el verano de 1937 ayudó a apagar la militancia de masas, otros factores más directamente políticos contribuyeron al marcado declive del impulso huelguista y a la imposición de un mayor control por parte de la burocracia del CIO. En primer lugar, Lewis disponía de recursos económicos indispensables extraídos de las arcas de la UMW, lo cual constituía una ventaja decisiva sobre las federaciones relativamente pobres de comités de fábrica. En segundo lugar, y ello revestía mayor importancia, la secesión de la dirección del CIO de la AFL coincidió con una recomposición fatídica de la coalición política de Roosevelt, que favoreció una nueva connivencia entre el Estado y los sindicatos industriales. Hasta mediados de 1935, Franklin Delano Roosevelt se las había arreglado para conseguir apoyos tanto de la mayoría de los sindicatos, como del ala denominada «progresista» del capital (abogados de las mayores corporaciones, incluidos los directivos de General Electric y US Steel, los intereses petroleros de los Rockefeller e incluso el presidente de la Cámara de Comercio estadounidense). Equilibraba esta alianza conflictiva ofreciendo a la AFL una interpretación más o menos prosindical del reglamento de la NRA en las industrias más ligeras (y septentrionales), así como prestaciones sociales más activas; a las grandes empresas, por otro lado, les aceptaba una interpretación del reglamento de la NRA en la industria pesada que –tal y como hemos visto en los casos de la siderurgia y el automóvil– reforzaba los «sindicatos de empresa» que se habían construido rápidamente como empalizadas contra la auténtica organización obrera<sup>22</sup>. Estos malabarismos políti-

<sup>21</sup> L. L. Cary, «Institutionalized Conservatism in the Early CIO: Adolf Germer, A Case Study», cit., p. 494.

<sup>22</sup> Para un análisis contemporáneo, véase L. F. BUDENZ, «After the Strike – What?», *Common Sense* (septiembre de 1935), p. 10.

cos funcionaron un tiempo, pero como la insurgencia de las bases en las fábricas seguía creciendo sin reparar en el reglamento, el capital corporativo empezó a reevaluar su apoyo al New Deal. La deserción en masa de la Administración por parte de las empresas en 1935 fue la responsable de que un Roosevelt reticente cayera temporalmente en brazos de Lewis y de los insurgentes del CIO. Con una base disminuida de apoyo empresarial (ahora compuesto sobre todo de segmentos anti-Wall Street de empresarios del Oeste y el Sur), Roosevelt necesitaba el poderoso baluarte electoral que ofrecía la oleada de cuatro millones de trabajadores que habían entrado en el CIO en el periodo de 1935-1937. Lewis y Hillman, a su vez, necesitaban el carisma del respaldo de Roosevelt y el peso de su apoyo político-judicial para meter en cintura a las bases. Por lo tanto, en los breves días felices de la relación de Roosevelt y Lewis en 1936, el CIO creó la Labor's Nonpartisan League [LNPL, Liga Imparcial de los Obreros] para movilizar apoyos para Roosevelt y ayudar a cubrir el déficit de financiación de la campaña electoral provocado por la deserción de banqueros y hombres de negocios demócratas. Roosevelt correspondió permitiendo que los liberales pro CIO entraran en el Ministerio de Trabajo y que el Consejo Nacional de Relaciones Laborales proporcionara a los nuevos sindicatos su apoyo tácito.

Al mismo tiempo, es muy poco probable que Lewis y Hillman hubieran podido consolidar tan fácilmente su control sin ayuda de una tercera fuente, el Partido Comunista. Casi inmediatamente después de la imponente victoria de Flint, el Partido Comunista empezó a renunciar a lo que quedaba de su relación provisional con los socialistas y a dirigir su atención a una nueva alianza con Lewis (y después, tras la dimisión de Lewis en 1940, con Murray y Hillman). De nuevo, se trataba de un matrimonio de conveniencia sellado con sangre fría: la integración burocrática del CIO resultaría algo incomparablemente más fácil con la complicidad comunista y Lewis también necesitaba el tipo de magnífico talento organizativo que los comunistas parecían poseer a raudales. Por otro lado, el giro que dio el Partido Comunista hacia Lewis, bajo la prometedor estrella de Earl Browder, constituía la parte lógica de una maniobra más amplia de legitimación de los comunistas como ala izquierda de la coalición del New Deal. A la larga, les tocaría pagar un precio terrible a manos de sus antiguos aliados dentro de esta «coalición de centro-izquierda». Entretanto, el trabajo del Partido en los sindicatos empezó a adoptar un carácter totalmente nuevo, a medida que las exigencias de la lucha intraburocrática adquirían prioridad por encima de la defensa de la democracia de base o de la creación de una corriente socialista de masas en los sindicatos. La crítica comunista a Lewis (y más tarde a Murray) cesó, el llamamiento a la constitución de un partido obrero independiente quedó silenciado y, en 1938, se suprimieron las células de fábrica y los periódicos de fábrica del partido<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> J. STAROBIN, *American Communism in Crisis: 1943-1957*, cit., p. 36; y F. Emspak, «The Break-Up of the Congress of Industrial Organizations (CIO), 1945-1950», cit., p. 49. Después de la

## La debacle en la «pequeña siderurgia»<sup>24</sup>

La trascendencia de estas nuevas alineaciones se reveló en toda su magnitud en la organización de la campaña contra el bastión de la «pequeña siderurgia» en 1937. Los comunistas aportaron por lo menos un tercio de los organizadores para el Steel Workers Organizing Committee [SWOC, Comité Organizador de los Trabajadores Siderúrgicos], pero se abstuvieron de cualquier intento de reclutamiento o de criticar el liderazgo autocrático de Lewis y Murray, incluso cuando, al final de la campaña, se purgó sumariamente a todos los miembros del Partido de la plantilla sindical<sup>25</sup>. Con una actitud conservadora desde el punto de vista táctico y resuelta a mantener un control estricto sobre los comités de huelga locales, el SWOC renunció a la huelga y a la ocupación del centro de trabajo y se preparó para una larga huelga convencional. Esta decisión le hizo el juego al astuto y despiadado Tom Girdler, generalísimo de los empresarios de la pequeña siderurgia, que inició un cierre patronal preventivo, haciéndose fuerte en las fábricas con la ayuda de ejércitos de esquirols y guardias de la empresa muy bien armados. La «huelga invertida» de Girdler se vio reforzada por una mezcla de propaganda antisindical masiva, rondas de clase media y terrorismo contra los piquetes inspirado en la denominada «Fórmula del Valle Mohawk» (en nombre de la estrategia que la Remington Rand Corporation había utilizado para derrotar al CIO en el Norte de Nueva York). Lewis, por su parte, contó con FDR y con los funcionarios estatales del New Deal (que acababan de ser elegidos con el apoyo de la LNPL) para vencer el desafío sistemático y descarado por parte de los magnates de la siderurgia de la Ley Wagner de 1935. De modo que, cuando el gobernador demócrata Davey, de Ohio, mandó a la Guardia Nacional a las ciudades siderúrgicas de Can-

---

guerra, los principales estrategias sindicales del Partido Comunista se sometieron a amargas autocríticas por no haber conseguido mantener la influencia del Partido dentro de las bases del CIO. Así, el secretario sindical Roy Hudson se vio obligado a admitir que el Partido Comunista se había tomado muy poco en serio la democracia sindical al apoyar a Murray y a Hillman, lo cual tuvo efectos desastrosos, mientras que el dirigente de los trabajadores de la industria eléctrica Dave Davis confesó que hasta los sindicatos dirigidos por el Partido Comunista estaban infectados por «un burocratismo muy extendido». En unas memorias más recientes, John Williamson —uno de los principales artífices de la estrategia del Partido Comunista de construcción de una «coalición de centro-izquierda» dentro del CIO— explicaba a grandes rasgos lo que a su juicio habían sido los tres errores fundamentales del Partido: (1) no haber conseguido desarrollar una conciencia socialista en los sindicatos; (2) no haber conseguido seguir cimentando una base de masas del Partido Comunista dentro de los sindicatos; y (3) no haber conseguido establecer una corriente de izquierdas dentro de la AFL. Además, observaba que la debilidad de la implantación del Partido Comunista en las bases sindicales era en última instancia la responsable de que el Partido hubiera sido tan vulnerable a la persecución mccarthyana. (Cfr. R. HUDSON en *Political Affairs* 24 (julio de 1945), p. 605; Dave Davis citado en J. Starobin, *American Communism in Crisis: 1943-1957*, cit., pp. 96-98; y J. WILLIAMSON, *Dangerous Scot*, Nueva York, 1969, p. 156).

<sup>24</sup> Se conoce por «pequeña siderurgia» [*Little Steel*] al conjunto de corporaciones y empresas productoras de acero de Estados Unidos «menores» que la gran US Steel, aunque, en la actualidad, la «pequeña siderurgia» incluye a algunos de los mayores productores de acero del país. [*N. de la T.*]

<sup>25</sup> B. Cochran, *Labor and Communism*, cit., pp. 100-101.

ton, Massillon y Youngstown, los huelguistas del SWOC recibieron a sus miembros como «héros fraternos». En lugar de comportarse como tales, los soldados de la Guardia crearon un régimen de terror que recordaba la represión de la huelga siderúrgica de 1919 y que casi obligó al SWOC a pasar a la clandestinidad en Ohio. Entretanto, el gobernador Earl de Pensilvania, más «pro obrero» si cabe, que en meses anteriores había apoyado verdaderamente la lucha del CIO por consolidar las libertades civiles en los valles de Allegheny y Monogahela, retrocedió hacia una postura represiva. Por supuesto, la clave para entender el comportamiento de estos políticos hay que buscarla en la actitud de la Administración en Washington. Roosevelt, cambiando su campo de alianzas para volver a conquistar el apoyo de los círculos empresariales así como de la dirección anti-CIO de la AFL, pagó cínicamente sus deudas electorales con el CIO desempeñando el papel de Poncio Pilato tras el sangriento Día Conmemorativo (1938) en el que se produjo la masacre de trabajadores siderúrgicos en huelga en el sur de Chicago. Mientras Lewis estaba ocupado apaciguando la ira de las bases dentro del SWOC, que estaban presionando para convocar una huelga general en Chicago, FDR declaró que había «una plaga en ambas casas» y se distanció con sangre fría del CIO. La combinación del burocratismo de Lewis, la nueva moderación del Partido Comunista y la traición de FDR se tradujo, por lo tanto, en la derrota del SWOC y en la interrupción estrepitosa de la ofensiva del CIO en la industria<sup>26</sup>.

## II. EL PARTIDO OBRERO QUE NUNCA EXISTIÓ

El despertar de la solidaridad de clase que unió a los trabajadores industriales en la lucha por la sindicalización se reprodujo en el plano electoral como una unidad política tendencial de electorados obreros anteriormente fragmentados por divisiones raciales y religiosas. La victoria arrolladora del New Deal en 1936 marcó, por primera vez, la sustitución del dibujo tradicional etno-religioso del electorado septentrional por una clara polarización de trabajadores y capitalistas entre los Partidos Demócrata y Republicano. Esta recomposición política era sobre todo un producto del auge de un bloque electoral étnico-proletario de segunda generación, ampliado por la conversión de negros y muchos trabajadores autóctonos protestantes anteriormente republicanos<sup>27</sup>. Esta realineación de los ejes políticos implicaba un doble movimiento contradictorio: por un lado, en tanto que se trataba de una expansión de la base activa del Partido Demócrata, contribuía a reforzar de manera espectacular la hegemonía política capitalista; por otro, en la medida en que tendía a unir políticamente a la clase obrera, creaba nuevos potenciales para socavar a la larga este mismo duopolio partidista burgués.

<sup>26</sup> Cfr. A. PREIS, *Labor's Giant Step*, Nueva York, 1964, pp. 67-71; J.B. WIDICK, «Question of Trade Union Unity», *New International* (enero de 1938), p. 15; y J.R. WALSH, *CIO: Industrial Unionism in Action*, cit., p. 181.

<sup>27</sup> Véase K. ANDERSEN, *The Creation of a Democratic Majority, 1928-1936*, Chicago, 1980.

Mientras la historia política convencional ha subrayado el avance irresistible del primer movimiento, la izquierda contemporánea de la década de 1930, con dudas acerca de la capacidad del New Deal para curar los males del capitalismo estadounidense, estaba mucho más impresionada por las oportunidades creadas por el segundo de estos movimientos. Había consenso en la izquierda respecto a que el auge del CIO estaba por fin produciendo lo que los Caballeros del Trabajo y los Industrial Workers of the World no habían conseguido: una estructura celular eficaz y el imperativo estratégico para un partido obrero. De hecho, el surgimiento de los nuevos sindicatos industriales, aunque en gran medida reforzaba a los Demócratas, coincidía también con una efervescencia espectacular de movimientos políticos alternativos y de terceros partidos de orientación obrera. En Minnesota, por ejemplo, el Farmer-Labor Party [Partido de Agricultores y Obreros], de corte «radical», consolidó su predominio en 1934-1936 con la elección de un Gobernador y de dos Senadores estadounidenses de sus listas, mientras que, en Washington y Oregón, las Commonwealth Federations [Federaciones por el Bien Común], de base obrera (emulaciones del Cooperative Commonwealth Party [Partido Cooperativo por el Bien Común] de Canadá, de orientación socialdemócrata) acapararon las secciones estatales del Partido Demócrata durante varios años. Entretanto, en California, el movimiento «EPIC» de Upton Sinclair prometía redistribuir la riqueza y, en Wisconsin, la dinastía de Lafollete mantenía su dominio a través del poderoso Progressive Party [Partido Progresista] (que más tarde se fusionaría con el movimiento estatal de agricultores y obreros)<sup>28</sup>. Al mismo tiempo, la oleada de sindicalismo industrial, confrontada con el desafío de la represión gubernamental y empresarial, se politizó inevitablemente. En las poblaciones siderúrgicas «feudales» la movilización política por derechos democráticos era, como hemos visto, un verdadero prerrequisito de la organización sindical. De modo similar, en los centros de la industria del automóvil, las huelgas y ocupaciones incitaron a los militan-

---

<sup>28</sup> El congresista progresista de Wisconsin, Thomas R. Amlie, fue el animador de los esfuerzos desplegados entre 1934 y 1936 por unir todas las corrientes en pro de un tercer partido en un único movimiento que preparara el lanzamiento de un nuevo partido nacional en 1936 o 1940. Bajo los nombres sucesivos de la «League for Independent Political Action» [Liga para la Acción Política Independiente], la «National Farmer-Labor Party Federation» [Federación Nacional de Partidos de Agricultores y Obreros] y, por último, la «American Commonwealth Federation» [ACF, Federación Estadounidense por el Bien Común], Amlie, John Dewey, Paul Douglas y otros «liberales progresistas» intentaron conseguir la adhesión de innumerables organizaciones agrícolas, sindicatos y terceros partidos estatales a su programa de «producción para el uso». En su conferencia inaugural en Chicago en 1935, la ACF, respaldada por numerosos grupos, entre los que se encontraban sindicatos de trabajadores del textil y de la confección, predijo que ganaría entre cinco y diez millones de votos en las elecciones de 1936 y la propia presidencia en 1940. Por desgracia, el eje de toda su estrategia descansaba en el patrocinio del poderoso *Farmer-Labor Party* de Minnesota y, en el momento en que el gobernador Olson del FLP dio su apoyo a FDR y a los Demócratas en 1936, las esperanzas nacionales de la ACF quedaron aplastadas. Cfr. S. RODMAN, «A Third Party by March?», *Common Sense* (enero de 1935), pp. 17-18; Th. R. AMLIE, «The American Commonwealth Federation: "What Chance in 1936?"», *Common Sense* (agosto de 1935), pp. 6-9; y M. GIESKE, *Minnesota Farmer-Laborism: The Third-Party Alternative*, Minneapolis, 1979, pp. 206-208, 220-221 y 244.



tes de la UAW a promover campañas contra gobiernos locales dominados por las corporaciones. En Lansing y Jackson, Michigan, por ejemplo, «brigadas móviles» de la UAW hacían doble trabajo, en los piquetes y en el recuento de votos, mientras que, en Flint y Saginaw, los delegados sindicales estaban también organizados de acuerdo con un criterio residencial, creando una poderosa organización electoral. Sección local tras sección local de los trabajadores de las industrias eléctrica, textil y automovilística aprobaron por votación apoyar la idea de un partido obrero en un mar de fondo de independencia política que incomodaba a Lewis y Hillman. Un sondeo Gallup llevado a cabo en agosto de 1937, tras la oleada de huelgas y ocupaciones de los centros de trabajo, demostraba que por lo menos un 21 por 100 de la población apoyaba la eventual formación de un partido nacional de agricultores y obreros<sup>29</sup>.

¿Por qué, entonces, esta convergencia de militancia sindical politizada y experimentación de terceros partidos tampoco consiguió en esta ocasión –como sucediera en 1894 y 1919<sup>30</sup>– producir una síntesis duradera? Se han sugerido dos explicaciones interrelacionadas. De acuerdo con la primera, el giro «hacia la izquierda» del New Deal robó el éxito y cooptó la *raison d'être* [razón de ser] popular de los movimientos políticos insurgentes. De acuerdo con la otra, en contra del rompehuelguismo demostrado en Cleveland y Wilson, el apoyo tácito que Roosevelt dio al CIO en 1936-1937 le permitió aparecer como el salvador del sindicalismo industrial. Estas dos explicaciones tienen ambas su grano evidente de verdad. No cabe duda, por ejemplo, de que las amplias reformas de los «segundos cien días» de FDR en 1935 constituyeron una poderosa fuerza gravitatoria que atrajo al radicalismo de la época mucho más cerca de la órbita del Partido Demócrata. Un ejemplo de esto lo representa la alianza cada vez más estrecha entre el Farmer-Labor Party de Minnesota –supuestamente la fuerza principal de empuje de un tercer partido a escala nacional– y el New Deal. Tenemos otro ejemplo en la creación inaudita del American Labor Party [Partido Obrero Estadounidense] a fin de canalizar el importante voto radical de Nueva York para que apoyara al régimen en el poder (FDR y el alcalde La Guardia). Incluso la Labor's Nonpartisan League, nominalmente expresión política independiente del CIO, no era mucho más que un aparato cautivo de la campaña de Roosevelt y otros Demócratas pro obreros escogidos. Por último, con respecto al uso del aparato coercitivo del Estado, Staughton Lynd está incuestionablemente en lo cierto cuando subrayan la sagacidad de la estrategia de Roosevelt de desradicalización de la oleada de huelgas con ocupaciones de fábricas a través de una mediación federal más amistosa en vez de recurrir a la represión presidencial draconiana que había constituido la política fundamental de las Administraciones anteriores<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> D. R. McCoy, «The National Progressives of America, 1938», *The Mississippi Valley Historical Review* XLIV (junio de 1957), p. 76.

<sup>30</sup> Véase M. Davis, «Why the U.S. Working Class is Different», cit., pp. 32-35, 43-45.

<sup>31</sup> S. Lynd, «The United Front in America: A Note», cit., pp. 30-31.

*La crisis del New Deal*

Pero esta línea de análisis pierde gran parte de su fuerza cuando se generaliza más allá de la coyuntura inmediata de 1935-1937 y la luna de miel entre FDR y el CIO. Por ejemplo, no cabe duda de que la satelización de la LNPL y de los movimientos de agricultores y obreros no equivalía a una verdadera absorción de éstos en el Partido Demócrata, y la mayor parte de los marxistas de la época, que contaban con la crisis del New Deal y la sustitución final de Roosevelt desde la derecha, todavía los visualizaban como focos de una futura realineación de la izquierda (1940 era la fecha prevista por lo general). De hecho, a mediados de 1937 se produjo precisamente una crisis tal del proceso de reformas, a resultas de la segunda depresión y de la creciente resistencia frente al Consejo Nacional de Relaciones Laborales mostrada por parte de un sector intransigente del capital (Ford, Dupont, la pequeña siderurgia, etc.). Los intentos por parte de Roosevelt de reforzar el New Deal con una «purga» ejemplar de reaccionarios del Congreso y su estrategia de llenar el Tribunal Supremo de jueces afines constituyeron fracasos espectaculares; y, en 1938, tras el diezmo de liberales en las elecciones de otoño, un bloque renaciente de republicanos y demócratas «borbones [*Bourbon Democrats*],<sup>32</sup> en el sur del país consiguió arrebatarse el control del Congreso a los liberales del New Deal. Este cambio en el equilibrio político nacional, combinado con el deseo fundamental de FDR de conseguir apoyos para una política exterior cada vez más intervencionista, impidió nuevas iniciativas de reforma o nuevas concesiones a los obreros. En realidad, condujo a un recorte drástico de las prestaciones sociales públicas en 1939 (que provocó huelgas y disturbios generalizados) y, tal y como hemos visto, volvió a disparar la represión estatal contra huelgas y campañas organizativas. La convicción de Lynd de que el CIO nunca experimentó una «fase de enfrentamiento radicalizador con el poder estatal» se debe sin duda matizar a partir de la práctica generalizada de aplastamiento de huelgas que llevaron a cabo los gobernadores del New Deal, ejemplificada por el terror al que se sometió al SWOC a finales de 1937<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> Denominación referida a los dos tipos de Demócratas existentes tradicionalmente en los Estados sureños de Estados Unidos: los *Bourbon Democrats* y los demócratas populistas. Los demócratas *borbones* representaban los intereses de los grandes terratenientes, la industria textil, los inversores y los estratos más privilegiados y acaudalados de la población, y abogaban por la conflictividad racial para mantener los salarios bajos. Los Demócratas populistas representaban los intereses de los trabajadores y de los sectores más desaventajados, y abogaban por la justicia social en beneficio de las minorías. [N. de la T.]

<sup>33</sup> El momento en el que se lanzó a la Guardia Nacional contra el SWOC no constituyó más que el punto álgido de cinco años de ataques represivos dictaminados por gobernadores estatales demócratas. En 1934, por ejemplo, se reventó una huelga nacional de trabajadores del textil a través de una gran movilización de soldados de la Guardia Nacional de Rhode Island a Georgia. Sólo en 1935, la milicia intervino en 73 huelgas efectuadas en 20 Estados, «la mayoría de ellos administrados por gobiernos demócratas adscritos al New Deal». No es preciso recordar que Roosevelt no hizo ningún intento de emplear sus poderes ejecutivos para poner freno al reventamiento sistemático de huelgas por parte de sus aliados y partidarios locales. Véase A. Preis, *Labor's Giant Step*, cit., p. 96.

De modo que en torno 1937-1939 los puntales integradores esenciales de la democracia rooseveltiana –restablecimiento económico, reformismo social y suspensión de la represión estatal– estaban abiertamente en crisis y parecían volver a existir condiciones propicias para un nuevo crecimiento de movimientos obreros o de agricultores y obreros locales y para su unión nacional final. De hecho, de acuerdo con la visión tradicional de determinadas corrientes marxistas, 1938 constituyó la ocasión más ventajosa para una política revolucionaria en el siglo xx. El enigma, sin embargo, es cómo explicar por qué 1938 resultó en realidad un año de rotunda catástrofe para las esperanzas de constituir un tercer partido y un partido obrero, las cuales, en lugar de crecer gracias a la crisis del New Deal, prácticamente se hundieron. En Wisconsin y Minnesota, por ejemplo, el Progressive Party y el Farmer-Labor Party sufrieron en sus respectivos Estados la devastadora pérdida del cargo de gobernador y una reducción del conjunto de sus delegaciones para el Congreso de doce a cuatro. En Washington, la Commonwealth Federation quedó desbancada del control sobre el Partido Demócrata del Estado y, en California, el movimiento EPIC desapareció sin hacer ruido de la escena. Entretanto, la campaña «Vota obrero» de la UAW en las elecciones municipales de Detroit de 1937 –la incursión más ambiciosa del CIO en la política local– perdió por un sorprendente margen («100.000 y 200.000 trabajadores que son votantes registrados no votaron»), mientras que los débiles resultados de la LNPL en las elecciones de 1938 arrojaron dudas sobre su viabilidad en el tiempo<sup>34</sup>.

### *El resurgimiento de la AFL*

La clave de esta paradoja de la declinante fortuna que conocieron los intentos de crear un tercer partido radica en la auténtica «guerra civil» que estalló entre la AFL y los nuevos sindicatos en 1937-1938. No se trataba sólo de desunión obrera, sino más bien de un extraordinario resurgimiento del sindicalismo de derechas, aliado de modos informales pero decisivos con la ofensiva coetánea del capital. A escala local, la AFL se confabuló con la patronal para impedir las campañas organizativas del CIO, firmando acuerdos sin traducción efectiva o secretos y en interés propio o incluso aprobando la constitución de sindicatos de empresa. Al mismo tiempo, la Ejecutiva nacional de la AFL, durante mucho tiempo ansiosa por contener el poder de los consejos obreros centrales, ordenó una purga exhaustiva del CIO de los organismos obreros locales. En un balance *post mortem* del fracaso del SWOC, J. B. Wildick culpaba al presidente Green de la AFL de dividir los consejos obreros centrales estratégicos en Detroit, Cleveland y Akron «precisamente cuando la solidaridad obrera era indispensable para evitar que el descalabro en la “pequeña siderurgia” se convirtiera en una

---

<sup>34</sup> Cfr. H. T. LOVIN, «The Fall of Farmer-Labor Parties, 1936-1938», *Pacific North-West Quarterly* 62 (enero de 1971); M. Gieske, *Minnesota Farmer-Laborism: The Third-Party Alternative*, cit., p. 272; G. TSELOS, «The Minneapolis Labor Movement in the 1930s», Universidad de Minnesota, Tesis doctoral, 1970, pp. 418-434 y 471-479; y B. FISCHER, «The Lessons of Detroit's Labor Campaign», *Socialist Review* (enero-febrero de 1938), p. 17.

derrota aplastante»<sup>35</sup>. En la costa oeste, los Camioneros de la AFL hicieron frente a la célebre «Marcha hacia el interior» del CIO desde su base portuaria con una oleada de violencia y de acuerdos secretos con la patronal. En los muelles de Nueva Orleans, llegó incluso a estallar una guerra de guerrillas todavía más cruenta entre estibadores de la AFL y del CIO, mientras que partidarios meridionales de empresas con sindicalización no obligatoria hacían circular maliciosamente diatribas calumniadoras de ser rojos propaladas por la AFL contra los sindicatos industriales<sup>36</sup>.

Esos extraños compañeros de cama que eran la AFL y las grandes empresas cooperaron también en el plano político, para defender su forma colusoria de firmar acuerdos, exigiendo la inclusión de una enmienda en la Ley Wagner para «garantizar al patrón “libertad de expresión” para expresar sus preferencias sindicales». Este peligroso intento de volver a legalizar el sindicalismo de empresa era propio de una estrategia de la AFL que, en su frenesí por detener el crecimiento del CIO a cualquier precio, se demostró más pírrica que maquiavélica. Por ejemplo, las directrices que adoptó la AFL en su convención de 1937 con respecto al partido que había que apoyar en cada circunstancia la colocaron en oposición a cualquier candidato que mostrara solidaridad hacia el CIO<sup>37</sup>. Por lo tanto, al dividir el voto obrero, la AFL socavó efectivamente la base de los movimientos estatales por un tercer partido, las listas municipales de candidatos obreros y el ala izquierda del New Deal. En 1938, la AFL se retiró del Farmer-Labor Party de Minnesota, de la Commonwealth Federation de Oregón y del American Labor Party de Nueva York y rompió asimismo los lazos que le quedaban con la Labor's Nonpartisan League. Al mismo tiempo, la AFL se esforzó en derrotar al dirigente de los mineros Tom Kennedy en su puja por el cargo de gobernador en Pensilvania y al congresista radical Maury Maverick en Texas. (En algunos casos, no obstante, las directrices de la AFL eran tan odiosas –como en el caso del apoyo por parte de Green al gobernador de derechas Merriam en California– que sus filiales locales se rebelaron y se unieron temporalmente a los sindicatos del CIO.)

Así pues, la manía fratricida de la AFL era autodestructiva hasta el punto de socavar la influencia política de toda la burocracia obrera en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Tal y como veremos más adelante, la desunión de los obreros impidió la negociación del tipo de participación po-

<sup>35</sup> J.B. Widick, «Question of Trade Union Unity», cit., p. 15.

<sup>36</sup> Frey, por ejemplo, declaró públicamente que «la política del CIO se decidía en la sede del Partido Comunista en Moscú», mientras que el antisemita Wharton (de los Operarios de la AFL) caracterizaba a sus rivales como «[...] Lewis, Hillman, Dubinsky, Howard y su cuadrilla de mamporreros, comunistas, radicales, artistas callejeros, holgazanes profesionales, miembros expulsados de sindicatos obreros, esquiroleros totales y organizaciones judías con todas sus filiales rojas», J. R. Walsh, CIO: *Industrial Unionism in Action*, cit., p. 215.

<sup>37</sup> Cfr. H. HARRIS y D. DENSON, «Is Green Digging Labor's Grave?», *Common Sense* (febrero de 1940), pp. 4-5. Muchos congresistas liberales culparon también a la AFL de las dos primeras derrotas de la Fair Labor Standards Act [Ley de Normas Laborales Justas]. Véase W. H. RIKER, «The CIO in Politics, 1936-1940», Harvard, tesis doctoral, 1948, pp. 106-107.

lítica «tripartita» en la economía de guerra que Gompers había conseguido parcialmente durante la Primera Guerra Mundial y que el Partido Laborista británico consiguió después de 1942. Al mismo tiempo, sin embargo, la AFL consiguió de hecho crecer de manera bastante espectacular a finales de la década de 1930 y, hacia 1940, había recuperado la mayor parte de la afiliación perdida y de las mermas financieras ocasionadas por el cisma del CIO. Aunque parte de este crecimiento se basaba en el apoyo al endeble sindicalismo vertical, otra parte reflejaba el resurgimiento de la militancia entre las filas de la propia AFL. A diferencia de los movimientos huelguistas en la industria de producción en masa, sin embargo, la nueva militancia de la AFL carecía de una resonancia amplia, ya que se mantenía constreñida dentro de un economicismo estrecho y estrictamente controlado. Enfrentados al desafío del CIO, los sindicatos mayores de la AFL, como los de los Operarios, los Carpinteros, los Carniceros y los Camioneros, lanzaron nuevas campañas organizativas y adoptaron estructuras y competencias casi industriales<sup>38</sup>. Pero estos impulsos de los afiliados no consiguieron generar el activismo de base sostenido que acompañó el surgimiento de sindicatos industriales como la UAW. De hecho, la modernización de la AFL después de 1937 se produjo a través de una ampliación y recomposición de la propia burocracia; un proceso representado por el ascenso de jóvenes turcos como Jimmy Hoffa en los Camioneros, que dotó al anticuado sindicalismo de empresa de una nueva agresividad (con tácticas tomadas de los radicales o del CIO) sin cambiar ni un átomo de su conservadurismo social y político.

No obstante, sería un error suponer que la orientación derechista y causante de tantas divisiones de la AFL a finales de 1930 era en exclusiva el resultado de una burocracia osificada que defendía sus sinecuras tradicionales. Igual importancia tuvo el hecho de que el antiguo régimen extrajera su solidez, en última instancia, del conservadurismo relativo de sus miembros predominantemente autóctonos-protestantes y «antiguos inmigrantes» cualificados. Por otro lado, este estrato en concreto de la clase trabajadora era el más susceptible a las presiones ideológicas y culturales de la pequeña burguesía. Tanto el peso social relativo de los estratos medios como el grado de permeabilidad entre sus capas inferiores y los sectores superiores de la clase obrera han sido inusualmente importantes en Estados Unidos —quizá más importantes que en ningún otro país industrial. Una aproximación teórica adecuada a la historia obrera en la década de 1930 tendría que reflejar el curso de los distintos movimientos e inquietudes de los diferentes estratos medios y su efecto mediador sobre el desarrollo de la conciencia de clase (y viceversa). Baste decir que mientras las insurrecciones de clase media de la primera Administración Roosevelt tendieron

---

<sup>38</sup> Brody cree que «a la larga, sindicatos de la vieja cuerda con capacidad de adaptación tales como los Camioneros y los Trabajadores de la Industria Cárnica, una vez atravesados por el estímulo de los acontecimientos de la Gran Depresión, resultaron ser vehículos más efectivos para la expansión que los sindicatos industriales militantes». D. Brody, «Labor and the Great Depression: The Interpretative Prospects», cit., p. 237.

hacia una orientación en general «populista», que apuntalaba políticamente el New Deal, después de 1937, se produjo una honda reacción de la clase media contra el CIO y el crecimiento de la izquierda<sup>39</sup>. Este violento reflujo anti-CIO y antirradical, atizado sin cesar por la prensa y los medios de comunicación de las grandes corporaciones, contribuyó a la contracción de la burocracia de la AFL y le proporcionó una autorización patriótica general para oponerse a los nuevos sindicatos industriales. Al mismo tiempo, el resurgimiento de la AFL en el contexto del giro a la derecha de la política nacional colocó a la dirección del CIO bajo una presión creciente; en especial después de que los sindicatos de los Ladies Garment Workers and the Millners [Trabajadores del Vestido Femenino y de Sombrereros] volvieran a unirse a la AFL en 1940, en protesta ante la alianza de «centro-izquierda» dominante en el seno del CIO. Asediados, Lewis y Hillman se aferraron de manera aún más desesperada a sus lazos con Roosevelt y con la reducida ala liberal del Partido Demócrata.

### *La «americanización» del Partido Comunista*

Otra de las fuentes del apoyo cada vez más acrítico a Roosevelt era el Partido Comunista, que, engalanado con una nueva imagen de «americanismo del siglo xx», llevó el frentepopulismo hasta extremos tales como el respaldo al aparato de Kelly y Nash en Chicago, directamente responsable de la masacre de huelguistas de la siderurgia en 1937, o al infame régimen antisindical del preboste Hague en Nueva Jersey. Sin embargo, las políticas serviles de los comunistas les resultaron de poca ayuda a la hora de ampliar su base en la clase obrera industrial. Aunque el Partido alcanzó su cenit de influencia popular durante este periodo, con unos 75.000 miembros y una periferia de más de 500.000, la mayoría de su crecimiento provino de la afluencia de trabajadores profesionales y de oficina judíos de segunda generación. De modo que, entre 1935 y 1941, la componente de trabajadores no manuales se disparó de apenas el 5 por 100 a cerca del 45 por 100, mientras que la componente neoyorquina aumentó a más del doble, de un 22,5 por 100 a alrededor de un 50 por 100<sup>40</sup>. Tal y como señaló Nathan Gla-

---

<sup>39</sup> El rechazo del New Deal por parte de las clases medias fue en parte una reacción al despertar de las protestas tras las victorias de 1936-1937 en los sectores más sumergidos de la clase obrera: mujeres, negros, trabajadores del sector servicios y del comercio al por menor, empleados de pequeñas empresas y mano de obra agrícola. Particularmente espectacular resultó el hundimiento de la alianza agrícola rooseveltiana a finales de la década de 1930; un acontecimiento en absoluto desligado de las huelgas generalizadas en los sectores de procesamiento y transporte, ni de los intentos del CIO de organizar a los jornaleros. Por irónico que parezca, las propias políticas agrícolas del New Deal, que favorecían a los hacendados y a los grandes agricultores, produjeron un frankenstein político bajo la forma de la Farm Bureau Federation [Federación de Agencias Agrícolas], de enorme poder y antiliberalismo militante. La agencia, que disfrutaba de patrocinio gubernamental a través del Servicio de Extensión del Ministerio de Agricultura, se convirtió en el agente organizador de la resistencia rural a las políticas del New Deal y desempeñó un papel fundamental en las victorias conservadoras en el Congreso de 1938 y 1942.

<sup>40</sup> N. Glazer, *The Social Basis of American Communism*, cit., pp. 114, 116.

zer en su estudio de los cambios en la composición social del Partido: «durante la década de 1930, el Partido pasó de ser una organización en su mayoría obrera a una estructura que era en un 50 por 100 de clase media [...] aunque el número de afiliados al Partido se había multiplicado por cinco desde finales de la década de 1920, no se había producido un aumento similar de los delegados en las industrias importantes. La fuerza del Partido en los sindicatos –salvo en los sindicatos marítimos y portuarios y en los de trabajadores de oficina– no era una fuerza que se derivara de la afiliación masiva. Se basaba en el control organizativo»<sup>41</sup>. Mientras el Partido Comunista estaba experimentando este proceso paradójico de simultáneo crecimiento y «desproletarización» relativa, el resto de la izquierda estaba próxima a la ruina. El Partido Socialista, incapaz como siempre de dotar a sus intervenciones sindicales de ningún tipo de estrategia o dirección coherente, después de 1936 se desintegró virtualmente en una serie de escisiones y defecciones de facciones, mientras que los trotskistas quedaron seriamente debilitados a causa de los importantes cismas doctrinales de 1940. Como curioso resultado de todo ello, el Partido Comunista adquirió una resonancia en la política nacional y una hegemonía en la izquierda casi sin equivalente desde el apogeo del antiguo Partido Socialista en 1910-1912, pese a estar despegándose, al mismo tiempo, de cualquier raíz fuerte en la clase obrera industrial de reciente sindicalización.

### *FDR reprime a la izquierda*

La debilidad de la izquierda obrera como corriente ideológica de masas y su dependencia excesiva y peligrosa de alianzas burocráticas con fuerzas de «centro» quedó demostrada de manera muy clara con el éxito de la Administración de Roosevelt a la hora de reprimir y aislar a los radicales del CIO en vísperas del auge del rearme de 1940-1941. En primer lugar, con el apoyo activo de la patronal de Minneapolis, el presidente Tobin de los Camioneros (el demócrata más destacado de la AFL y gran amigo de FDR) cobró sus deudas políticas con la Casa Blanca y obtuvo un gran proceso federal por sedición contra la dirección trotskista de la Sección Sindical Local 544 de Conductores, que era el centro neurálgico de la militancia obrera del noroeste. (Irónicamente, los comunistas, que más tarde se verían diezmados por la Ley Smith, apoyaron su aplicación inicial contra sus rivales de la facción trotskista en Minneapolis.) A continuación, en el verano de 1941, los comunistas fueron expulsados de la estratégica industria aeronáutica después de que Roosevelt ordenara al Ejército romper la huelga de la Aviación Norteamericana (Inglewood, California), dirigida por Wyndham Mortimer, el héroe de la huelga de Flint de 1936-1937. *Aquí estaba el correlato aparente «de la huelga de la Pullman» en el New Deal: bayonetas federales contra doce mil trabajadores de las bases combativas.* Pero, a diferencia de la huelga de la Pullman de 1894, en este caso no hubo ni una gran solida-

<sup>41</sup> *Ibid.*

ridad nacional con los trabajadores que aparecieron en las listas negras de la empresa, ni ninguna ruptura política con la Administración. En lugar de ello, la dirección del CIO (Murray y Hillman, desde la dimisión de Lewis en 1940) se desvió por colaborar con el aplastamiento de la huelga por parte de Roosevelt, con la doble esperanza de debilitar a los comunistas dentro del CIO y, al mismo tiempo, conseguir apoyo de la Administración para la sindicalización «desde arriba» de la industria de defensa. Los comunistas, por su parte, se limitaron a organizar una campaña de defensa poco entusiasta; su tangente temporal de militancia desde 1939 se rompió a causa de la invasión de Rusia y el Partido volvió a la adulación casi acrítica de Roosevelt y Murray en otoño de 1941.

### III. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: HUELGAS SALVAJES Y HUELGAS DE ODIOS

Después de casi cuatro años intentando mantener el fuerte frente a los ataques de la patronal y de la rival AFL, el CIO recuperó la iniciativa en 1941<sup>42</sup>. A medida que la producción industrial se fue recuperando bajo el estímulo del Lend-Lease<sup>43</sup> y del rearme, los trabajadores anteriormente organizados empezaron a luchar en un amplio frente por los primeros aumentos salariales desde 1937. Abriendo camino estaban los mineros indomables de Lewis, cuya solidaridad y tenacidad en huelgas sucesivas probablemente no ha sido superada en toda la historia estadounidense. Al ponerse en huelga en un desafío directo a Roosevelt y a su funesta Junta de Mediación de Defensa, la UMW sentó importantes precedentes, consiguiendo la sindicalización obligatoria y eliminando las tradicionales diferencias salariales existentes en el sur del país. Entretanto, trabajadores

<sup>42</sup> El número de afiliados al CIO se duplicó en 1937 a raíz de las huelgas y ocupaciones, y nuevamente en 1941, tras los avances en Ford y Bethlehem. Entre 1938 y 1940, sin embargo, las cifras del CIO se redujeron a causa de la crisis en la industria básica y de la contraofensiva patronal. Entretanto, la AFL, tal y como hemos visto, fue recuperando a un ritmo constante su fuerza a través de acuerdos por la puerta de atrás con la patronal y de campañas de reclutamiento en industrias de la construcción y de los transportes menos afectadas por la crisis.

Estimación del número de afiliados de la AFL y el CIO (en miles)		
Año	AFL	CIO
1936	3.422	800
1937	2.861	1.580
1938	3.623	1.717
1939	4.006	1.700
1940	4.247	1.350
1941	4.569	2.850

Fuente: Walter GALENSON, *The CIO Challenge to the AFL*, Cambridge (Mass.), 1960, p. 587.

<sup>43</sup> Acuerdo firmado en 1941 por el cual Estados Unidos proveía equipamiento militar y armamento al Reino Unido y sus aliados en la Segunda Guerra Mundial, en principio como un préstamo a cambio de la utilización estadounidense de las bases militares de propiedad británica. [N. de la T.]



que se resistían a la sindicalización e industrias donde la sindicalización no era obligatoria empezaron a responder a las campañas organizativas del CIO. Ford y Bethlehem Steel eran las empresas más importantes de la patronal anti-CIO; en la primavera de 1940, sin embargo, con apenas unas semanas de diferencia, ambas capitularon ante ofensivas de la UAW y el SWOC. La gran huelga de la Ford, en particular, recordó los días heroicos de Flint, con sus piquetes masivos, brigadas móviles y –una nueva invención, inconfundiblemente estadounidense– bloqueos gigantes y envolventes hechos con coches de los huelguistas. Aunque la represión de la huelga de la Aviación Norteamericana fue una mala señal, el *tempo* general del verano-otoño de 1941, tras los avances en Ford y Bethlehem, era de un fuerte incremento de la energía de las bases con claros ritornelos del «espíritu del 37».

Sin embargo, este veranillo de San Martín de la militancia de masas se vio interrumpido de manera abrupta por el bombardeo de Pearl Harbor. Las restricciones del compromiso de no hacer huelga durante el periodo bélico y los límites salariales regresivos de la denominada «Fórmula de la Pequeña Siderurgia» dejaron rápidamente atadas de pies a manos a las bases obreras. Al mismo tiempo, la llegada de la guerra funcionó también de catalizador de transformaciones de largo alcance en la organización de la fuerza de trabajo y en el papel del Estado en la economía.

### *La guerra transforma la sociedad estadounidense*

En primer lugar, se produjo una «recomposición sin precedentes de la clase obrera», en la medida en que millones de inmigrantes rurales, mujeres y negros entraron en el mercado de trabajo industrial. Se ha calculado que más de quince millones de estadounidenses se desplazaron de una ciudad, estado o región a otra en búsqueda de empleo entre 1940 y 1945. Cuatro millones y medio se trasladaban de manera permanente de la granja a la ciudad. Detrás de estas grandes migraciones del periodo bélico, se encontraba la fuerza de «atracción» de una nueva revolución industrial en el sur y en el lejano oeste y la fuerza de «expulsión» de la aceleración de la mecanización agrícola y la ruina del arriendo algodónero en el cinturón negro meridional. La economía armamentística en reciente expansión se convirtió en la comadrona de ambos procesos, a medida que iban surgiendo, casi de la noche a la mañana, nuevas concentraciones de obreros industriales en plantas aeronáuticas de California o astilleros del sur del país, mientras centros manufactureros más antiguos sufrían drásticas metamorfosis en su composición social. Particularmente impresionante fue la rápida proletarianización de la población negra, como resultado del nuevo éxodo en curso hacia el norte, que entre 1940 y 1941 redujo el porcentaje de hombres negros empleados en la agricultura del 41 al 28 por 100, al mismo tiempo que duplicaba el porcentaje de trabajadores negros dentro del total de la fuerza de trabajo fabril (del 5,9 al 10,1 por 100). De manera similar, millones de mujeres consiguieron entrar por primera vez en re-

ductos de la producción en masa y de las industrias pesadas antes reservados a los hombres. La magnitud de los cambios que supusieron estos procesos puede juzgarse a partir del ejemplo de Detroit durante el periodo bélico, donde, a finales de 1942, se llamó a filas a casi 200.000 trabajadores, mientras 750.000 nuevos trabajadores ingresaban en la fuerza de trabajo: entre ellos, 352.000 inmigrantes rurales, 135.000 mujeres y 60.000 negros. La confluencia de estas tendencias produjo un cambio realmente espectacular y, como veremos dentro de un momento, decisivo en la base social y en la conciencia del sindicalismo industrial<sup>44</sup>.

En segundo lugar, la guerra desencadenó una reestructuración conflictiva de las relaciones históricas entre obreros organizados, capital y Estado. El distanciamiento previo de las fracciones dominantes del capital corporativo con respecto al New Deal fue sustituido por la intimidad de la colaboración en el momento en que la flor y nata de Wall Street pasó a ser la facción económica dominante en Washington, mientras que los principales impulsores del proceso de reformas quedaban relegados a puestos administrativos menores. La alianza imperante en el Congreso entre republicanos y demócratas de derechas se vio reforzada gracias al ascenso de una camarilla burocrática de ejecutivos de primera fila procedente de las grandes corporaciones y de los Demócratas sureños al mando de la economía de guerra. A diferencia de lo que sucedió en la Primera Guerra Mundial, en la que el ejército se había obstinado en mostrarse poco dispuesto a colaborar con los esfuerzos de los empresarios por coordinar el aprovisionamiento y la producción, los generales y almirantes establecieron una relación nueva y permanente de convivencia con los contratistas bélicos y con sus representantes políticos. Este «complejo militar-industrial» emergente triunfó allí donde la NRA había fracasado, consiguiendo mezclar los ingredientes políticos y económicos necesarios para un capitalismo monopolístico de Estado<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> Cfr. J. GREEN, «Fighting on Two Fronts: Working Class Militancy in the 1940s», *Radical America*, 9, 4-5, p. 27; J. MANDLE, *The Roots of Black Poverty*, Durham, 1978, pp. 84-85; R. KEERAN, «Everything for Victory: Communist Influence in the Auto Industry During World War II», *Science and Society* XLIII (primavera de 1979), p. 7; y N. LICHTENSTEIN, «Ambiguous Legacy: The Union Security Problem During World War II», *Labor History* 18 (primavera de 1977), p. 244.

<sup>45</sup> La vanguardia de la nueva simbiosis entre gobierno y grandes empresarios era el Committee for Economic Development [CED, Comité para el Desarrollo Económico], fundado en 1942 por una falange de altos dirigentes empresariales bajo el patrocinio del ministro de Comercio Jesse Jones. El CED era un misionero infatigable en la comunidad empresarial, que intentaba incesantemente convencer al estrato empresarial medio de las virtudes de una intervención estatal más fuerte –sin políticas de bienestar– en beneficio de la inversión privada. De manera similar, el CED formó un grupo de presión a favor de los privilegios de amortización fiscal durante el periodo bélico y de las subvenciones de la Defense Plant Corporation [Corporación de Fábricas de Defensa], que inyectó miles de millones de dólares de las arcas públicas en la reconstrucción de la base de capital fijo de la industria estadounidense. Cfr. N. D. MARKOWITZ, *The Rise and Fall of the Peoples' Century*, Nueva York, 1973, pp. 63-64; G. T. WHITE, *Billions for Defense: Government Financing by the Defense Plant Corporation during World War II*, Universidad de Alabama, 1980; y P. BURCH, Jr., *Elites in American History*, Nueva York, 1980, pp. 72-73, 386-388.

Pero esta nueva coordinación entre la acumulación privada y el Estado imperialista exigía un índice de productividad del trabajo y de paz industrial que sólo cabía garantizar a través de la colaboración voluntariosa de la burocracia sindical. Curiosamente, la dirección del CIO, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial (y bajo la influencia de las teorías corporativistas católicas) presentó un plan justo de este tipo para la armonización permanente de los intereses del capital y los trabajadores a través de una integración de la negociación colectiva y de la organización científica del trabajo. La propuesta que Philip Murray llevó a Roosevelt en diciembre de 1940 como base para la organización de la producción de defensa abogaba por la formación de «consejos industriales» que permitieran a los sindicatos participar en distintos aspectos de la organización empresarial de los centros de trabajo, al mismo tiempo que fomentaban un interés común entre trabajadores y organismo gestor para garantizar el incremento de la productividad. Murray desarrolló el razonamiento –más tarde ampliado por Walter Reuther– de que cuanto mayor fuera el grado de «colaboración» sindical formal con la dirección empresarial y el gobierno, más efectivo sería el control que la dirección sindical podría ejercer sobre las «minorías» alborotadoras o subversivas presentes en las bases<sup>46</sup>. Sin embargo, la influencia política del CIO se había visto erosionada de manera demasiado fatal por las luchas intestinas con la AFL y por las deserciones dentro de su propio campo (entre otras, la de la importantísima UMW en 1942) como para conseguir demasiado apoyo para este programa de consejos industriales. En lugar de ello, el movimiento obrero en su conjunto, incluida la AFL, pagó por la desunión con su exclusión de los ámbitos más importantes de la economía de guerra, así como con el mantenimiento de la debilidad y de la gran ineffectividad de su influencia sobre el Congreso. Aunque la tercera legislatura de FDR se llenó la boca de retórica con respecto a un esfuerzo bélico «tripartito», siguiendo en este sentido el ejemplo del gobierno de Wilson entre 1917 y 1918, en realidad sus verdaderos compromisos se revelaron con la relegación de los obreros a un papel menor en la decisiva Junta de Producción Bélica, mientras se otorgaban contratos preferenciales por valor de miles de millones de dólares a conocidos infractores de la Ley Wagner.

---

<sup>46</sup> Es posible considerar la idea de los consejos industriales como una prefiguración estadounidense del sistema alemán de posguerra de «codeterminación» (*Mitbestimmung*) industrial. Su antecedente directo se encuentra en el entusiasmo contraproducente de la AFL por la organización científica del trabajo en la década de 1920 como un puente hacia la cooperación entre obreros y capital. Murray elaboró sus ideas, con la ayuda de Morris Cooke, en *Organized Labour and Production: Next Steps in Industrial Democracy*, Nueva York, 1942. Esta reorientación de la estrategia del CIO encontró continuación en Clinton Golden y Harold Ruttenberg, *Dynamics of Industrial Democracy*, Nueva York, 1942. Golden y Ruttenberg, altos representantes sindicales de los trabajadores siderúrgicos, ofrecieron a la dirección empresarial todo un manajo de ramas de olivo que iban desde el cese de las huelgas salvajes a la cooperación del CIO en el incremento de la productividad a cambio del establecimiento de la sindicalización obligatoria. Para ellos, «democracia industrial» significaba «participación obrera en la organización empresarial como válvula de escape que contribuía a mejorar la productividad y a reducir costes». Véase M. DERBER, *The American Idea of Industrial Democracy, 1865-1965*, Urbana, 1970, pp. 370-373, 377 (Reuther) y 380-382 (cita de Golden y Ruttenberg).

La derrota del llamamiento del CIO en pro de una «democracia industrial» quedó parcialmente mitigada, sin embargo, por dos concesiones que hizo a regañadientes la Junta de Trabajo Bélico en verano de 1942: un «mantenimiento de la afiliación» generalizado (fábricas de afiliación sindical casi obligatoria) y la comprobación automática de las cuotas sindicales. Tal y como ha demostrado Nelson Lichtenstein en un meticuloso estudio, a la Administración le preocupaba sobre todo reforzar la posición de la burocracia obrera frente a la descomposición sindical interna y a la consiguiente pérdida de control sobre la fuerza de trabajo<sup>47</sup>. El malestar creciente ante el compromiso de no hacer huelga entre los trabajadores bélicos (en especial, en los astilleros estratégicos), así como el resurgimiento de Lewis como polo independiente y posiblemente rebelde en el movimiento obrero obligaron al gobierno a reforzar el poder de Murray y compañía. El resultado fue una especie de contrato social que «reclutaba» a los trabajadores bélicos en sindicatos, al mismo tiempo que negaba a los sindicatos cualquier capacidad real de representar los intereses económicos de sus miembros. El «mantenimiento de la afiliación» contribuyó, por lo tanto, a producir un espectacular aumento de la sindicalización, pero con consecuencias por completo diferentes a las luchas de principios de la década de 1930, en la medida en que ahora el Estado organizaba a los trabajadores en sindicatos, en lugar de que éstos se organizaran por sí mismos<sup>48</sup>.

### *La oleada de huelgas durante el periodo bélico*

Al mismo tiempo, la recomposición turbulenta de la mano de obra estaba acabando con muchas de las redes sociales y de los grupos de trabajo básicos que habían constituido las raíces autóctonas del CIO. La continuidad en la militancia se desplazó de algún modo hacia arriba, al estrato de dirigentes sindicales veteranos de rango medio –delegados, comisionados, representantes sindicales locales–, mientras la base se volvía cada vez más anómica, volátil y efímera. Como consecuencia directa de ello, la lucha de clases dentro de las plantas bélicas vivió una regresión a estadios más primitivos de estallidos esporádicos y semi-espontáneos. Estas explosiones, no obstante, adquirieron una dinámica acumulativa propia, a medida que la inflación y la caída de los salarios reales seguía avivando el descontento de masas. El agente catalizador que transformó este malestar hervido a fuego lento en un trueno fueron, como era de esperar, los mineros del carbón de Lewis. Entre las menos afectadas por los cambios en la fuerza

<sup>47</sup> N. Lichtenstein, «Ambiguous Legacy: The Union Security Problem During World War II», cit., pp. 228-235.

<sup>48</sup> «La década de 1940 no fue testigo de las sorprendentes transformaciones de la conciencia de clase que tuvieron lugar durante la Depresión, en la medida de que se estaba «confeccionando» una identidad obrera masculina blanca que no existía de modo tan coherente en la década de 1920. De hecho, los años de guerra produjeron una gran afluencia de negros y mujeres en la clase obrera. Pero ese periodo no asistió a una integración significativa de estos recién llegados en la clase obrera consciente ni en sus instituciones», J. Green, «Fighting on Two Fronts: Working Class Militancy in the 1940s», cit., p. 28.

de trabajo o por la confusión creada por la migración durante el periodo bélico, las bases de la UMW ejercían una presión continua sobre Lewis para sostener la lucha contra la patronal. Enfrentado a una huelga salvaje particularmente enérgica organizada por los mineros de antracita de Pensilvania en 1943, que ponía su control en entredicho por primera vez en la década, Lewis se vio obligado a llevar a la UMW a una rebelión abierta contra el compromiso de no hacer huelga. Después de cuatro huelgas generales, desafiando las amenazas de Roosevelt de llamar a filas a los huelguistas y enviar el ejército a las cuencas mineras, los mineros consiguieron su demanda de una paga que incluyese el tiempo de desplazamiento al lugar de trabajo. Pese a ser objeto de las maliciosas calumnias de la prensa, la victoria de la UMW electrizó a la base obrera de las industrias bélicas. «En 1944, estaba participando de los paros laborales una proporción de la fuerza de trabajo tan grande como en el momento álgido de las huelgas con ocupación de los centros de trabajo de siete años antes»<sup>49</sup>. La rebelión se expandió en especial en las industrias cauchera y automovilística, donde adoptó la forma de oleadas sucesivas de huelgas salvajes. Mientras «todo Akron se levantaba en rebelión» contra el compromiso de no hacer huelga y contra la dirección internacional del sindicato de trabajadores del caucho, más de la mitad de los afiliados a la UAW se sumaba en 1943 a algún tipo de huelga no autorizada<sup>50</sup>.

El CIO se sumió en una crisis profunda. Con el apoyo de la Junta de Trabajo Bélico, la burocracia intentó aislar y castigar a militantes individuales: sólo en la industria cauchera, se purgó e incluyó en listas negras a cientos de delegados de fábrica. Pero las condiciones en las plantas de producción –en particular, el fracaso casi completo de los procedimientos de queja– siguieron alimentando el movimiento de huelgas salvajes. Dado que los directivos del sindicato a escala nacional se habían convertido prácticamente en representantes del gobierno, la dirección de rango medio empezó a recoger cada vez en mayor medida las quejas de las bases y a coordinar la resistencia al compromiso de no hacer huelga. En la industria cauchera, esta nueva capa de dirigentes rebeldes se hizo con el control de secciones sindicales locales clave de Akron, mientras que en el automóvil, la Sección Sindical Local 212 de la Briggs, dirigida por el encendido Emil Mazey, se convirtió en un punto de reunión nacional de delegados de fábrica y representantes sindicales locales insubordinados<sup>51</sup>.

Desde el punto de vista político, esta rebelión de la dirección local se tradujo en un nuevo entusiasmo por la idea de un partido obrero. Había una sensación generalizada entre las filas sindicales de que el New Deal se ha-

<sup>49</sup> N. Lichtenstein, «Ambiguous Legacy: The Union Security Problem During World War II», cit., p. 234.

<sup>50</sup> B. Cochran, *Labor and Communism*, cit., p. 202.

<sup>51</sup> N. Lichtenstein, «Ambiguous Legacy: The Union Security Problem During World War II», cit., pp. 235-237; véase también su Tesis doctoral de la Universidad de California (1974), «Industrial Unionism Under the No-Strike Pledge», pp. 371-373.

bía hundido y de que el país estaba atrapado en una ola de reacción, ejemplificada por la aprobación de la Ley Smith-Connolly, de corte antiobrero, en 1943. En la UAW, los mazyerianos, con partidarios en cincuenta secciones sindicales locales, eran los más comprometidos con la creación de un partido obrero independiente. En 1943, se hicieron con la Labor's Nonpartisan League de Michigan, casi moribunda, la revitalizaron y le cambiaron el nombre por el de Progressive Labor League [Liga Obrera Progresista], con el propósito declarado de crear un partido obrero estatal lo antes posible. Entretanto, el ala Dubinsky (ILGWU) del American Labor Party de Nueva York, inmersa en una batalla encarnizada con la «izquierda» de Hillman y el Partido Comunista, estaba abogando por una expansión estado por estado de la ALP. Dubinsky no tenía el más mínimo deseo de desafiar el liderazgo nacional de FDR, pero estaba descontento con la sumisión servil del ALP al Partido Demócrata de Nueva York. Imaginaba una multiplicidad de partidos obreros estatales que permitirían a la burocracia sindical ejercer una influencia más enérgica e independiente frente a los aparatos demócratas locales y estatales. Aunque a Dubinsky y a los disidentes de la UAW les movían diferentes visiones (Mazey y sus amigos estaban mucho más a la izquierda e incluso influidos de manera periférica por el trotskismo), su interés común en promover una política obrera más independiente les impulsaba en una dirección parecida<sup>52</sup>. De modo claro, este renacimiento de la agitación por un tercer partido, conectado como estaba con la gran rebelión de las bases contra la burocratización y la estratificación incipiente de los sindicatos, ofrecía las mejores posibilidades desde 1937 para la reconstitución de una corriente socialista en la clase obrera.

Trágicamente, sin embargo, no había ningún grupo amplio de cuadros de izquierdas, con implantación en las áreas industriales, que pudiera organizar la lucha contra el compromiso de no hacer huelgas y alimentar los distintos retoños de acción política independiente. Los comunistas disponían de la única organización de izquierdas con tamaño y recursos suficientes, pero eran rotundamente contrarios al movimiento de huelgas salvajes y a sus vástagos políticos. El Partido Comunista se había desplazado tan a la derecha desde 1941 en su apoyo del esfuerzo bélico, que el tradicional espectro izquierda-derecha ya no medía con ninguna fidelidad las diferencias reales entre las distintas facciones del CIO. La dirección de Browder, por ejemplo, superaba a las capas más reaccionarias de la burocracia, en su defensa de la aceleración de la cadena de montaje y del trabajo a destajo; y cuando los trabajadores de las categorías inferiores se ponían en huelga por un aumento de los salarios o contra las condiciones inhumanas imperantes en la cadena de montaje, el Partido era el primero en defender el compromiso de no hacer huelga<sup>53</sup>. Además, respal-

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 432, 536-553.

<sup>53</sup> B. COCHRAN, *Labor and Communism*, cit., pp. 210-211. Una octavilla típica del Partido Comunista durante el periodo bélico decía lo siguiente: «Los defensores de amenazas de huelga o de acciones huelguistas en los Estados Unidos de 1945 son ESQUIROLES en la guerra contra el hitlerismo, son ESQUIROLES frente a las fuerzas armadas, son ESQUIROLES frente al mo-

daba sistemáticamente a la dirección de Murray y Hillman en sus esfuerzos por tomar enérgicas medidas contra las corrientes «divisorias» por un tercer partido existentes dentro del CIO. En Michigan, los Consejos Sindicales Industriales dominados por los comunistas lucharon a brazo partido contra los intentos de Mazey de fundar un partido obrero estatal, mientras que en Nueva York el Partido Comunista colaboró con Hillman para reducir al ALP a un apéndice acrítico y absolutamente dependiente del Partido Demócrata regular<sup>54</sup>. Por último, en 1944, el browderismo llegó a su reducción al absurdo con la disolución formal del Partido y la adopción de la denominada «Línea de Teherán», que albergaba la ilusión de una pacificación permanente de la lucha de clases y de una alianza soviético-estadounidense de posguerra.

La abdicación del liderazgo por parte de los comunistas abrió el camino para que las fuerzas anticomunistas dentro del CIO manipularan el malestar de las bases en su propio beneficio como facción. La posterior destrucción en el periodo de posguerra de la influencia sindical del Partido Comunista sólo se puede entender en este contexto de aislamiento con respecto a las corrientes huelguistas del periodo bélico y de dependencia hacia la política interburocrática. Dentro de la importante United Electrical Workers [UE, Trabajadores Eléctricos Unidos], por ejemplo, el disidente anticomunista James Carey y sus aliados de la American Catholic Trade Unionists [ACTU, Sindicalistas Católicos Estadounidenses], dirigida por los jesuitas (que tomaron las células de fábrica del Partido Comunista como modelo para su organización), se beneficiaron del descontento de las bases con la dirección internacional dominada por los comunistas. Entretanto, en la UAW, las cuestiones explosivas del pago por incentivos y de la aceleración del ritmo de trabajo –ambas defendidas por los comunistas y sus aliados de la facción Addes-Frankenstein– provocaron una profunda escisión en la dirección. Sólo la facción de Reuther supo reorientarse y apoyar la rebelión de las secciones sindicales locales y así rebasar a los comunistas y a sus aliados centristas, presentándose como el ala más combativa de la dirección nacional. A partir de 1943, los reutherianos fueron ganando terreno de manera inexorable a expensas del Partido Comunista, al mismo tiempo que reclutaban a rebeldes clave como Mazey. El liderazgo de Reuther en la huelga de 113 días en la General Motors en 1946 fue el golpe maestro final de esta estrategia de canalización de la energía de las bases para fines

---

vimiento obrero» (citado en R. Keeran, «Everything for Victory: Communist Influence in the Auto Industry During World War II», cit., p. 23).

<sup>54</sup> N. Lichtenstein, «Industrial Unionism Under the No-Strike Pledge», cit., pp. 544-553. A partir de la LNPL de Michigan y de la inspiración que manaba de los éxitos de la Cooperative Commonwealth Federation canadiense en las elecciones de Ontario de 1944, se creó un efímero partido obrero con el nombre de Michigan Commonwealth Federation [Federación por el Bien Común de Michigan] y bajo la dirección de Matthew Hammond, un antiguo activista de la Mechanics' Educational Society of America y presidente de la cuarta sección sindical local mayor de la UAW de Detroit. Cfr. J. DROB, «Report on Michigan Commonwealth», *Enquiry* 2 (otoño de 1944): pp. 19-24; y M. y W. MARTINSON, «Commonwealth in Michigan», *Common Sense* (junio de 1945), pp. 13-14.

ligados a la lucha entre facciones. Proporcionó una «válvula de escape» para la ira acumulada de los trabajadores de la industria automovilística, al mismo tiempo que consolidaba la hegemonía organizativa de Reuther y desmantelaba el movimiento de grupos de base que había suministrado la dirección de las huelgas salvajes durante el periodo bélico<sup>55</sup>.

### *La violenta reacción racista*

La debilidad de la influencia de la izquierda sobre la militancia obrera del periodo bélico redujo también uno de los pocos contrapesos frente al racismo generalizado y creciente de la clase obrera blanca en las plantas bélicas. Al principio del rearme, se había excluido universalmente a los negros de los empleos de defensa y sólo después del nacimiento del «Movimiento de la Marcha sobre Washington» en 1941, organizado por un sindicalista negro, A. Philip Randolph, aceptó Roosevelt a regañadientes firmar una orden ejecutiva contra la discriminación en el empleo. Aunque nunca se llegó a alcanzar ni siquiera remotamente una igualdad laboral real, un importante número de trabajadores negros logró establecerse en el ensamblaje de aviones y vehículos y en la construcción de buques (normalmente en los peores trabajos), donde con frecuencia trabajaba codo con codo con blancos recién proletarizados procedentes de las áreas rurales del sur y el suroeste del país. Esto se tradujo durante el periodo bélico en una frecuente superposición de la insurgencia contra las condiciones laborales y contra el compromiso de no hacer huelga en tiempos de guerra con ataques racistas contra los nuevos trabajadores negros. Así, pues, entre marzo y junio de 1943, se perdieron más de 100.000 días-hombre en una oleada de huelgas de odio contra el ascenso de los trabajadores negros. Una de las más importantes tuvo lugar en la Packard Works de Detroit en abril de 1943, donde 25.000 blancos se pusieron en huelga «como represalia por un breve paro de negros en protesta porque no se les había ascendido»<sup>56</sup>. Dos meses más tarde, todo Detroit estalló en pogromos y disturbios contra los negros que se llevaron treinta y cuatro

---

<sup>55</sup> Así pues, pese al papel fundamental de los dirigentes de base en la organización de la oleada de huelgas del periodo bélico, ninguna corriente con una perspectiva «delegadista» articulada sobrevivió en el periodo de posguerra. No obstante, la patronal y los burócratas sindicales estaban convencidos por la experiencia de las huelgas salvajes del periodo bélico que la estabilidad industrial requería la sustitución de los representantes de base voluntarios por representantes sindicales a tiempo completo más «responsables». El acuerdo de la industria automovilística de 1946, por ejemplo, reemplazaba los delegados de fábrica trabajadores (uno por cada veinticuatro trabajadores) por «comisionados» sindicales a tiempo completo (que representaban a cientos de trabajadores). Esta descomposición tendencial y burocratización del liderazgo de base, junto con las purgas anticomunistas de finales de la década de 1940, constituyeron un factor fundamental en la erosión de la combatividad en el periodo de posguerra. A diferencia del caso británico, donde la guerra dio nuevo ímpetu al movimiento de delegados de fábrica con repercusiones decisivas para la lucha de clases de posguerra, el sindicalismo estadounidense empezó a distinguirse más aún si cabe por la alta densidad de burócratas y la densidad relativamente baja de activistas de los centros de producción.

<sup>56</sup> B. Cochran, *Labor and Communism*, cit., pp. 221-223.



vidas. Un año después, y tras otros innumerables incidentes en astilleros y plantas caucheras, una explosión racista masiva en Filadelfia, provocada por el rechazo de empleados del tranvía blancos a trabajar con negros, obligó a FDR a enviar 5.000 soldados de las tropas federales para restaurar el orden. La virulencia contra los negros también socavó el mayor intento de golpe político del CIO: la campaña del dirigente de la UAW, Richard Frankensteen, por la alcaldía de Detroit en 1945. La defección de trabajadores blancos del sector automovilístico en protesta por la aprobación por parte del CIO del Comité por unas Buenas Prácticas de Empleo arrebató a Frankensteen de delante de las narices una victoria asegurada<sup>57</sup>. Se podrían dar otros ejemplos del grado hasta el cual la militancia obrera del periodo bélico estaba permeada por el racismo; a diferencia de la oleada de huelgas de 1933-1937, que había producido una profunda dinámica unificadora dentro de la clase obrera fabril, las huelgas de 1943-1945 descargaron frustración e ira sin socializar a los nuevos trabajadores en una «cultura de lucha» común ni asimilar sus divisiones raciales y sexuales. En realidad, el racismo de la clase obrera industrial blanca se convertiría –tal y como veremos más adelante– en el talón de Aquiles de los esfuerzos del CIO por transformar la política nacional.

#### IV. EL COMITÉ DE ACCIÓN POLÍTICA DEL CIO

##### *¿Un sustituto de la socialdemocracia?*

Hasta el momento hemos atendido sobre todo a los distintos intentos fallidos de construir un tercer partido a partir del sindicalismo industrial y hemos esquivado la cuestión de la verdadera relación del CIO con el Partido Demócrata. Para algunos comentaristas, sin embargo, el mayor hito de la historia obrera estadounidense fue la entrada del movimiento sindical en el Partido Demócrata como polo liberal de éste. Se ha sostenido que el debate sobre el excepcional «fracaso del socialismo» en Estados Unidos resulta espurio, en la medida en que el propio Partido Demócrata se convirtió en un sustituto de la socialdemocracia. Así, David Greenstone, en uno de los pocos estudios que se ha centrado explícitamente en las interrelaciones entre la militancia sindical y la movilización política, adopta la postura matizada de que la coalición laborista-demócrata constituyó «un equivalente parcial de las alianzas entre sindicatos y socialdemocracia en gran parte de Europa occidental»<sup>58</sup>. Michael Harrington ha propuesto con menos pudor que existe una plena correspondencia u homología funcional entre el ala obrera de los demócratas y la socialdemocracia europea. «El hecho más extraño de todos: que haya un movimien-

<sup>57</sup> P. FONER, *Organized Labor and the Black Worker*, Nueva York, 1974, pp. 221-223; y J. CALDWELL FOSTER, *The Union Politic: The CIO's Political Action Committee*, Comumbus (Mo.), 1975, p. 59 («the Frankensteen campaign»).

<sup>58</sup> J. D. GREENSTONE, *Labor in American Politics*, Nueva York, 1969, p. 361.

to socialdemócrata de masas en los Estados Unidos de hoy en día bajo un disfraz procapitalista y antisocialista.»<sup>59</sup>

¿Hasta qué punto resulta razonable este «extraño hecho»? ¿Ha producido la integración del movimiento sindical en el Partido Demócrata, siquiera de manera tendencial, una versión peculiarmente estadounidense de la socialdemocracia bajo ropaje capitalista? Un breve esbozo crítico de la historia de las conflictivas alianzas con los regímenes de Roosevelt y Truman puede contribuir a esclarecer hasta qué punto los trabajadores consiguieron fomentar sus objetivos políticos esenciales a través del Partido Demócrata.

La alianza política entre el CIO y los demócratas se remonta, por supuesto, a la formación de la Labor's Nonpartisan League en 1936; pero la verdadera unión institucional de ambos no cristalizó de manera permanente hasta 1944, con la fundación del Political Action Committee [PAC, Comité de Acción Política] como nuevo aparato de campaña del CIO. El PAC se creó en respuesta a las crisis paralelas que asolaban al partido y al CIO. En lo que se refiere al Partido Demócrata, éste había sufrido una grave derrota en las elecciones al Congreso de 1942, con la defección de la mayor parte del medio oeste al bando republicano. Por consiguiente, dentro de la reducida alianza del New Deal, el voto urbano se hizo más crucial que nunca, pero, tal y como advertiera Clark Clifford a Roosevelt en una nota secreta en 1943, los aparatos demócratas de las grandes ciudades estaban atravesando una «crisis profunda» y ya no se podía confiar en que garantizaran la entrega del voto obrero étnico<sup>60</sup>. El debilitamiento de los aparatos se debía en parte a la atrofia de sus recursos clientelares a causa de la creciente federalización de las prestaciones sociales y del empleo y, en parte, era un resultado del éxito del sindicalismo industrial en el debilitamiento de las dependencias tradicionales entre trabajadores y muñidores. Roosevelt y sus políticos principales dieron prioridad a la creación de un aparato político sindical que pudiera compensar las crecientes deficiencias electorales del sistema caciquil y que extendiera al mismo tiempo la hegemonía demócrata a los centros industriales más recientes del sur y el oeste del país.

El CIO, por su parte, había analizado una y otra vez la situación tras los humillantes fracasos cosechados por sus grupos de presión en el Congreso y la marginación relativa sufrida en los consejos de la economía de guerra. La necesidad de una nueva estrategia política adquirió una urgencia especial en junio de 1943, con la aprobación de la Ley Smith-Connally, que autorizaba a la presidencia a asumir el mando de las industrias azotadas por huelgas y prohibía las contribuciones políticas directas por parte de los sindicatos. Las peores sospechas de Murray y Hillman se despertaron cuando se enteraron de que «el principal experto de los grupos de presión de la AFL, John Frey,

<sup>59</sup> M. HARRINGTON, *Socialism*, Nueva York, 1972, p. 132.

<sup>60</sup> B. Cochran, *Labor and Communism*, cit., p. 237.

había permitido secretamente que una serie de congresistas favorables a la AFL votaran con la mayoría para anular el veto del presidente Roosevelt<sup>61</sup>. Ambos vislumbraron el espectro de una alianza entre AFL y conservadores provista del poder para paralizar o incluso hacer retroceder el sindicalismo industrial. Al mismo tiempo, les preocupaban los rumores dentro de sus propias filas a favor de la creación de un partido obrero, en especial en la medida en que provenían de los mismos rincones disidentes responsables del movimiento de huelgas salvajes. La esencia de los problemas políticos del CIO, de acuerdo con la Junta Ejecutiva, era su incapacidad para politizar de manera profunda a sus afiliados. Era bien sabido que el abstencionismo en la clase obrera industrial era alto y la recomposición de la fuerza de trabajo durante el periodo bélico había empeorado la situación. Un sondeo preelectoral, por ejemplo, de las secciones sindicales locales de la UAW en Detroit en 1944 revelaba que apenas un 30 por 100 de los afiliados estaba registrado para votar<sup>62</sup>. Por consiguiente, el objetivo del CIO a la hora de crear los PAC a escala nacional y local era crear un nuevo «votante del CIO» cuya adhesión al ala del New Deal del Partido Demócrata se convirtiera en un hecho tan natural y seguro como el de un laborista británico o un socialdemócrata europeo. Los PAC pretendían conseguir esto a través de campañas de registro masivo de votantes y de la creación de un ejército permanente de obreros propagandistas en cada distrito electoral.

### *«La última gran esperanza del New Deal»*

Izquierdistas y liberales recibieron el PAC como un «resurgimiento del frente popular» y la «última gran esperanza del New Deal». Aunque hubo quien soñó en algún momento que el PAC podría acabar resultando el núcleo de un futuro partido obrero, la visión aceptada de manera más generalizada era que constituía un vehículo para consolidar la supremacía liberal dentro del Partido Demócrata. Tanto la dirección del CIO como los comunistas y el amplio espectro del «progresismo» coincidían en que la formación del PAC formaba parte de un proceso de realineación que uniría a la larga a los obreros, a los partidarios del New Deal y a los republicanos progresistas en un único partido liberal, al mismo tiempo que obligaba a los demócratas *borbones* y a la corriente mayoritaria republicana a reagruparse en un segundo partido conservador. Además, casi todo el mundo creía que una realineación así constituía el prerrequisito indispensable para reanudar la marcha del proceso de reformas y atravesar la peliaguda barricada que había creado la confabulación de los demócratas del Sur con los republicanos desde 1938.

Indiscutiblemente, el CIO invirtió una tremenda cantidad de energía y recursos en la construcción del PAC y reivindicó con fuerza el papel que

<sup>61</sup> J. C. Foster, *The Union Politic: The CIO's Political Action Committee*, cit., p. 12.

<sup>62</sup> W. H. Riker, «The CIO in Politics, 1936-1940», cit., p. 163.

había desempeñado en los éxitos demócratas de 1944. Resultaba imposible cuestionar que la nueva maquinaria de campaña entre las bases, con sus decenas de miles de trabajadores dedicados, era vital para los demócratas, pero el CIO ganó sorprendentemente poco a cambio. Esto se debió en parte a las reticencias que mostró el PAC, bajo la dirección de Hillman, saltar de hecho a las trincheras en defensa del New Deal o a exigir alguna compensación significativa de Roosevelt. En concreto, en 1944, la lucha entre el ala derecha y liberal del Partido Demócrata había pasado a centrarse en el intento de conseguir de nuevo la nominación del vicepresidente Wallace. Wallace –un bicho raro incluso de acuerdo con los criterios de la política estadounidense– había aparecido como el paladín de los acosados defensores del New Deal; casi en solitario en la Administración, siguió defendiendo con un celo religioso la planificación regional, lanzando ataques populistas contra los monopolios y abogando por la propuesta promovida por el CIO de un «Proyecto de Ley de Derechos Económicos». Con la salud de FDR debilitándose por momentos, el ala conservadora meridional (que apoyaba a Byrnes) y los aparatos de las grandes ciudades (que apoyaban a Truman) se unieron en su oposición a la nueva nominación de Wallace como heredero obligatorio. Aunque los intereses estaban claros, la dirección del CIO dudó en desafiar abiertamente el poder de los caciques del aparato y, tal y como observa Markowitz, «Hillman no hizo ningún intento de presionar a Roosevelt en favor de la candidatura de Wallace»<sup>63</sup>. El resultado fue el apoyo tácito por parte del CIO al senador Truman, protegido del corrupto aparato de Pengdast en la ciudad de Kansas, y la derrota de Wallace.

La incapacidad del PAC para defender a Wallace constituyó el preludio de una serie de nuevas derrotas sobre la política de reconversión federal, dado que el 79.º Congreso, supuestamente «progresista», cedió repetidas veces ante las corporaciones en materia de política fiscal y mutiló el sistema de bienestar y la legislación laboral<sup>64</sup>. Las exenciones de impuestos tuvieron una importancia particular, porque permitieron a las corporaciones que presentaban pérdidas al terminar la guerra –como resultado de las huelgas, por ejemplo– exigir devoluciones del impuesto sobre los beneficios extraordinarios del periodo bélico. Éste no era más que un donativo salido de las arcas públicas para apoyar el enfrentamiento de las corpora-

---

<sup>63</sup> N. D. Markowitz, *The Rise and Fall of the Peoples' Century*, cit., pp. 97-98. De acuerdo con Markowitz, la Convención de 1944 «fue fundamentalmente un ejemplo de la incapacidad de Roosevelt para transformar el Partido Demócrata en un partido laborista-liberal [...] La victoria de Truman fue el nadir de la política rooseveltiana» (p. 116).

<sup>64</sup> La comparación con la Gran Bretaña bajo gobierno laborista pone de mayor relieve el fracaso del PAC. «Aunque los salarios eran buenos, el trabajador estadounidense no recibía la protección proporcionada [...] a su homólogo británico: una semana de cuarenta horas garantizada, programas para la recontratación de trabajadores desplazados, primas por alejamiento y traslado, mantenimiento de la antigüedad del periodo de paz para aquellos transferidos al trabajo bélico y un programa de seguridad social actualizado», P. KOISTINEN, «Mobilizing the World War II Economy: Labor and the Industrial-Military Alliance», *Pacific Historical Review* 42 (1973), p. 469.

ciones con los sindicatos anticipado ya por doquier tras el Día V-J<sup>65</sup>. El ataque contra los obreros, sin embargo, iba a adoptar una forma diferente a la ofensiva de la patronal al final de la Primera Guerra Mundial. En lugar de aspirar a una reducción total del sindicalismo en las industrias de producción en masa, tal y como había hecho el anterior «Plan Americano», la estrategia de la gran patronal en los años de Truman giraba alrededor de la contención del sindicalismo industrial dentro de restricciones institucionales que armonizaran la negociación colectiva con la restauración del control empresarial total sobre el proceso de trabajo. En la funesta Conferencia Nacional de Gestión del Trabajo auspiciada por Truman en octubre de 1945, por ejemplo, la delegación de la patronal, al mismo tiempo que aceptaba la utilidad de la negociación colectiva en abstracto, «colocaba la inviolabilidad de la dirección empresarial en el centro de su programa de relaciones laborales de posguerra»<sup>66</sup>. Más de una década de guerra de guerrillas intermitente impulsada desde las bases y sazónada por huelgas salvajes y ocupaciones de los centros de trabajo había erosionado los poderes anteriormente despóticos de capataces y supervisores de la cadena. Rechazando las peticiones recalentadas del CIO de más «democracia industrial», las corporaciones de primera línea de las industrias automovilística, siderúrgica y eléctrica adoptaron un plan de batalla que, a través del mantenimiento de una postura muy dura con respecto a los salarios, pretendía decididamente provocar huelgas largas y agotadoras para desinflar la militancia de las bases. A la larga, las corporaciones esperaban obligar a los sindicatos a aceptar un duro canje de incrementos salariales a cambio de control sobre las condiciones laborales. En particular, querían fuertes frenos al papel del liderazgo de base, la restricción del derecho de huelga y acuerdos de duración plurianual.

### *1946: el año de las grandes huelgas*

Cuando por fin llegó la explosión a finales del otoño de 1945, fue mayor que ninguna otra oleada de huelgas anterior registrada en la historia estadounidense e hizo estragos en las relaciones entre el CIO y el Partido Demócrata. En el año después del Día V-J, más de cinco millones de trabajadores pasaron por el piquete y a finales de enero de 1946, el corazón industrial de la economía se encontraba casi paralizado, porque los trabajadores del automóvil, la siderurgia, el sector eléctrico y las envasadoras estaban simultáneamente en huelga. Tal y como señala Art Preis, «por el número de huelguistas, su peso en la industria y la duración de la lucha, la oleada de huelgas de 1945-1946 en Estados Unidos sobrepasó cualquier

<sup>65</sup> Acrónimo por el que se conoce en Estados Unidos el día de la rendición de Japón («Día de la Victoria sobre Japón»), con la que se dio fin a la Segunda Guerra Mundial. *IN. de la T.J*

<sup>66</sup> D. BRODY, «The New Deal and World War Two», en John Braeman *et al.* (eds.), *The New Deal: The National Level*, vol. I, Columbus, 1975, p. 286. También cfr. M. DERBER, *The American Idea of Industrial Democracy, 1865-1965*, pp. 395-399; y B. BERNSTEIN, «The Truman Administration and Its Reconversion Wage Policy», *Labor History* VI (1965), pp. 228-230.

fenómeno similar registrado en un país capitalista, incluida la huelga general británica de 1926.<sup>67</sup> Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió en 1936-1937 o incluso en 1941, la iniciativa de las bases en la organización de las huelgas fue mínima; las corporaciones por lo general no intentaron llevar esquirolas y la burocracia del CIO mantuvo un control firme sobre la táctica de cada día. De hecho, tal y como hemos visto ya en el caso de Reuther y de la huelga de la General Motors, había una estrategia deliberada de utilizar las huelgas para que las bases se desahogaran, al mismo tiempo que se profundizaba en el proceso de centralización del poder de las direcciones sindicales nacionales. En los únicos casos en los que hubo una militancia «díscola» —las distintas huelgas de ciudades enteras dirigidas por combativos Consejos Industriales locales del CIO—, la Junta Ejecutiva les puso freno de manera implacable, despojando a los Consejos de su autonomía y apartándoles del control democrático local.

Entretanto, Truman respondía a las peticiones de apoyo por parte del movimiento obrero imponiéndose a los mineros, amenazando con llamar a filas a los trabajadores del ferrocarril y exigiendo amplios poderes represivos. Esta actitud antiobrera, que recuerda al giro radical de Wilson en 1919, coincidió con la purga de Wallace (por entonces, ministro de Comercio) y de otros antiguos miembros del círculo más allegado al New Deal. Por consiguiente, la estrategia política del CIO y de sus defensores liberales quedó sumida de manera temporal en el caos. Por primera vez, Murray se vio breve e incómodamente colocado en una posición de oposición a la Administración, mientras que sus antiguos aliados comunistas, abandonando la idea, mantenida durante tanto tiempo, de que el Partido Demócrata era «*el frente popular*», empezaron a explorar con cautela la posibilidad de un tercer partido de corte liberal de izquierdas, respaldado por unidades del PAC y sus afiliados no obreros. Para no quedar a la zaga de los comunistas, Walter Reuther, Norman Thomas, John Dewey y otra multitud de supuestos socialdemócratas se unieron en mayo de 1946 bajo la efímera estructura denominada el National Educational Committee for a New Party [Comité Educativo Nacional por un Nuevo Partido]. Sin embargo, ni los comunistas ni los socialdemócratas propusieron una ruptura política inmediata con los demócratas; en lugar de ello, contaron con que los éxitos del PAC en las elecciones al Congreso de 1946 harían que la balanza de poder se inclinara hacia el polo progresista. Pero millones de trabajadores, ofendidos por la vuelta de Truman a la práctica gubernamental de aplastamiento de huelgas y por su fracaso a la hora de controlar el alza en el coste de la vida, ignoraron las súplicas del PAC y boicotearon las elecciones al Congreso de 1946. Ante la incapacidad del PAC de desmarcarse claramente de la Administración, el «nuevo votante obrero» demostró ser una quimera. Con la participación de apenas el 30 por 100 del electorado, «los candidatos del CIO sufrieron una derrota estrepitosa» y el primer Congreso Republicano desde la época de Hoover tomó posesión ante las diezmadras filas de los demócratas del New

---

<sup>67</sup> A. Preis, *Labor's Giant Step*, cit., p. 276.

Deal. En claro contraste con los logros coetáneos del gobierno laborista de Attlee en Gran Bretaña, el primer Congreso estadounidense de posguerra dejó de lado las promesas previas de un «Proyecto de ley de Derechos Económicos» para concentrarse en la aprobación de la Ley Taft-Hartley de 1947 y en la salvación de los regímenes anticomunistas de Grecia y China.

La Ley Taft-Hartley legislaba los propósitos de la patronal de desradicalizar el CIO y eliminar legalmente las armas más efectivas de la solidaridad obrera. Lo primero lo conseguía imponiendo el requisito de presentar pliegos de descargo anticomunistas para los representantes sindicales y lo segundo, ilegalizando las huelgas de solidaridad, los boicots de apoyo, las huelgas salvajes y los piquetes de masas (el Tribunal Supremo ya había prohibido las huelgas con ocupación de los centros de trabajo en 1938). Al mismo tiempo, la Taft-Hartley reactualizó también la prohibición de la Ley Smith-Connally de las cuotas destinadas a campañas sindicales, en un claro ataque a las actividades del PAC. Reconociendo la gravedad de la amenaza planteada por la aplicación de la Ley Taft-Hartley, los mineros de Lewis y la United Electrical Workers, dirigida por los comunistas, propusieron de inmediato una campaña de desobediencia respaldada por movilizaciones masivas y, tal vez, una huelga general<sup>68</sup>. Murray y los demás caudillos del CIO se vieron, por lo tanto, enfrentados al dilema de pasar dos Rubicones a la vez: por un lado, tenían que decidir si desafiar la Ley Taft-Hartley y sacar a los sindicatos industriales del coto de la Ley Nacional de Relaciones Laborales; por otro lado, tenían que determinar si apoyaban la marejada frentepopulista detrás de Wallace que, con el respaldo de los comunistas, se estaba convirtiendo en un movimiento por un tercer partido.

Al final, sin embargo, rehusaron tanto volver a las calles de nuevo como sumarse a las fuerzas embrionarias por un tercer partido. En lugar de ello, decidieron reconsolidar su debilitada alianza con Truman y el Partido Demócrata nacional, lo cual permitió que el CIO se convirtiera a cambio en un componente integral de la cada vez más intensa cruzada anticomunista de la Administración. Muchas presiones diferentes funcionaron para obligar a Murray y al «centro» del CIO a repudiar a sus aliados de hacía tanto tiempo en la izquierda. En una época de contracción burocrática, por ejemplo, ya no había la misma necesidad práctica de los comunistas y de sus particulares habilidades de movilización y propaganda. De hecho, el principal historiador del PAC ha sostenido que la transición que llevó a cabo Murray hacia el anticomunismo militante y abierto en 1948 y su alianza temporal con los liberales de la Guerra Fría pertenecientes al Americans for Democratic Action [ADA, Estadounidenses por la Acción Democrática]

---

<sup>68</sup> Lewis, que en otro tiempo había sido un firme defensor de la intervención estatal y de mantener la confianza en los demócratas, desde 1940 había atravesado un proceso de progresivo desencanto con el papel del gobierno en las relaciones industriales. En torno a 1947, se había convertido en un paladín solitario de la vuelta a un estricto *laissez-faire* gompersiano, apoyando no sólo la revocación de la Ley Taft-Hartley, sino también la de la Ley Wagner. Véase M. DUBOFKY y W. VAN TINE, *John L. Lewis*, Nueva York, 1977, pp. 475-476.

constituían en esencia maniobras pragmáticas para hacer descarrilar el movimiento de Wallace, al que percibía como una amenaza frente a los esfuerzos por parte del PAC de ejercer presión para conseguir una abrogación legislativa de la Ley Taft-Hartley. «El principal objetivo del CIO en 1948 era conseguir un presidente demócrata liberal. El rechazo de los comunistas y la aceptación del ADA no eran sino medios para lograr tal fin»<sup>69</sup>. Siguiendo esta misma lógica, el vínculo unilateral y servil con el ámbito presidencial del Partido Demócrata —al igual que la anterior dependencia de Gompers hacia Wilson— obligó al CIO, como es lógico, a seguir los giros y virajes de la política exterior estadounidense, desde los entusiasmos efímeros por «un mundo» del periodo de la Conferencia de Teherán al imperialismo nuclear de finales de la década de 1940.

### *Anticomunismo y nacionalismo obrero*

Pero había motivos todavía más profundos para las repentinas aguas revueltas de anticomunismo que hicieron pedazos la alianza de «centro-izquierda» que había imperado durante la última década en el seno del CIO. La integración de los sindicatos en el «consenso de la Guerra Fría» era correlativa a una rearticulación de largo alcance del universo cultural de la clase obrera estadounidense. La Segunda Guerra Mundial, en particular, constituyó un hito de enorme importancia —comparable a la década de 1890—<sup>70</sup> en el nuevo forjado de la identidad del obrero manual. Antes comparé el impulso inmanentemente solidario y tal vez incluso socialdemócrata del CIO con el conservadurismo recargado de la AFL, así como con la anomia y el conflicto racial producido por la recomposición de la clase obrera industrial durante el periodo bélico. Por sí mismas, estas corrientes ideológicas divergentes sólo denotaban las posibilidades contradictorias de la época y el estado de transición, muy variable, de la conciencia proletaria. Lo que finalmente creó la base de una nueva cohesión cultural dentro de la clase obrera estadounidense de posguerra fue el auge del nacionalismo durante el periodo bélico. Hay que recordar que el «americanismo» había funcionado con anterioridad como consigna de las sucesivas cruzadas autoctonistas y que amplios estratos de «nuevos inmigrantes» habían seguido aferrándose con obstinación a sus antiguas identificaciones y patriotismos étnicos, rechazando someterse a una asimilación cultural coercitiva. Incluso la primitiva patriotería oficial de la Primera Guerra Mundial, lejos de componer una unidad nacionalista dentro de la clase obrera, profundizó las divisiones en el seno de ésta a través de su hostilidad hacia los alemanes, la alienación de los irlandeses y la persecución de los grupos de inmigrantes más radicales. La importancia del nuevo nacionalismo incubado en la década de 1930 y atizado hasta el rojo vivo por la movili-

<sup>69</sup> J. C. Foster, *The Union Politic: The CIO's Political Action Committee*, cit., p. 92.

<sup>70</sup> Véase M. Davis, «¿Por qué la clase obrera estadounidense es diferente?», cit., pp. 121-125; [ed. orig.: «Why the US Working Class is Different», cit., pp. 33-36].



ción bélica se basó en su carácter ampliamente incluyente de la clase obrera *blanca* (a los negros, mexicanos y, en especial, japoneses-estadounidenses no había ni que tenerlos en cuenta) y, además, se vio respaldado por cuantiosos apoyos materiales. Éstos incluyeron las capacidades de generación de empleo de la economía armamentística permanente y, en un sentido más general, la nueva posición estructural de la clase obrera estadounidense dentro de una economía mundial de posguerra dominada por el capital de Estados Unidos. Además, con la adopción del servicio militar obligatorio en los periodos de paz a finales de la década de 1940 –cuyo peso recaía casi por completo sobre la juventud obrera mediante el uso de un sistema de prórrogas educativas y ocupacionales condicionado que presentaba un marcado sesgo de clase–, el Estado estadounidense adquirió un potente instrumento para inculcar actitudes patrióticas, antirradicales y proautoritarias en cada generación de trabajadores.

Por irónico que parezca, los «progresistas» y los frentepopulistas de izquierdas se encontraban entre los predicadores más entusiastas del nuevo nacionalismo. A diferencia de lo que sucediera en la Primera Guerra Mundial, donde el Partido Socialista y la IWW mostraron una resistencia valiente y masiva frente al militarismo, la mayoría de la izquierda de la década de 1940 apoyó de manera acrítica el gobierno de Roosevelt durante el periodo bélico. Los comunistas, en particular, se superaron a sí mismos convirtiendo el antifascismo en una razón de ser para promover la patriotería oficial, llegando al punto de apoyar realmente en 1942 el «traslado» de toda la población japonesa de la Costa Oeste a campos de concentración. El intento por parte del Partido Comunista de manejar un patriotismo de camuflaje, al igual que su abdicación del liderazgo en las huelgas salvajes del periodo bélico, no hicieron sino desarmar más si cabe a la izquierda ante la burocracia del CIO para 1946-1947, cuando el nuevo nacionalismo volvió a desplegarse como anticomunismo virulento.

La patriotería de la Guerra Fría tuvo su impacto más espectacular y hundió sus raíces más profundas precisamente en aquellos sectores de la clase obrera que con anterioridad habían sido más inmunes a la histeria patriótica. Un factor que los análisis de la clase obrera de posguerra pasan por alto con frecuencia es el impacto electrizante que tuvo la entrada del Ejército Rojo en Europa del Este sobre los eslavos y húngaros que componían quizá la mitad de la afiliación del CIO. Las organizaciones étnicas de izquierdas que habían desempeñado un papel muy heroico en la primera organización del CIO y que habían constituido una de las fuentes más importantes de la influencia socialista sobre la clase obrera industrial, se hundieron o quedaron marginadas por un recrudescimiento colosal del nacionalismo anticomunista de derechas en cada comunidad étnica<sup>71</sup>. Uno de los principales catalizado-

---

<sup>71</sup> Este movimiento hacia la derecha del nacionalismo étnico se había anunciado en 1939 con el impacto traumático que tuvo la Guerra ruso-finesa sobre la mayor parte de la clase obrera finés-estadounidense y su consiguiente distanciamiento de sus tradicionales simpatías

res de esta refundición de la cultura étnica en un molde anticomunista fanático y de su inserción en un nuevo consenso patriótico nacional fue la Iglesia católica y la miríada de tentáculos organizativos (desde la ACTU hasta los Knights of Columbus [Caballeros de Colón]) que ésta tendía sobre la vida cotidiana de la clase obrera católica.

Así, pues, cuando Philip Murray y su principal consejero, Andrew Biemiller, se sentaron a diseñar una nueva estrategia para el PAC en 1948, su primera consideración fue cómo hacer para reconquistar el voto obrero católico y eslavo. Para lograrlo, hicieron hincapié en el fuerte apoyo por parte del CIO al Plan Marshall y, en general, a la política exterior anticomunista de Truman. Al mismo tiempo, sostuvieron, de manera pragmática e insistente, que sólo la reelección de un Truman supuestamente escarmentado garantizaría la aprobación de la legislación social durante tanto tiempo paralizada y la abrogación de la Ley Taft-Hartley. A través de esfuerzos hercúleos que implicaron a ejércitos de trabajadores sindicales electorales, el PAC, junto con la recién creada *Labor's League for Political Education* [LLPE, Liga Obrera para la Educación Política] de la AFL, movilizaron el mayor porcentaje (relativo) de voto obrero de la historia estadounidense y le dieron a Truman una victoria aparentemente imposible sobre Dewey. Los comunistas, sitiados, se unieron por su parte con los liberales frentepopulistas que quedaban tras la quijotesca campaña de Wallace contra la Guerra Fría. Incapaces de conseguir siquiera el apoyo de las bases de los sindicatos que todavía lideraban, atrajeron apenas un 3,5 por 100 del *voto* del CIO<sup>72</sup>.

### *Victorias vacías y más fratricidio*

Si la victoria demócrata de 1948 fue el éxito electoral más impresionante del movimiento obrero, fue también el más vacío. El supuesto mandato para un «Fair Deal» [Pacto justo] dado a Truman y al 81.º Congreso «liberal» resultó ser en realidad una licencia para poner en peligro y diluir el programa de reformas. Mientras se iba dando un mero carpetazo a las propuestas de un seguro médico nacional (que ahí han quedado hasta el día de hoy), Truman se ponía una y otra vez de parte de los intereses de la construcción privada para convertir la Ley de Vivienda de 1949 en una subvención para las empresas y los propietarios de viviendas de clase media en lugar del programa de vivienda pública para la clase obrera que en un principio había previsto el CIO. Entretanto, siguiendo la clásica pauta del segundo gobierno de FDR, Truman se rindió ante el poder en el Congreso de los *dixiecratas*<sup>73</sup> y empezó a sacrificar puntos liberales de su programa

---

socialistas. Sobre el hundimiento del laborismo-agrario en su antiguo bastión finés del Octavo Distrito de Minnesota para el Congreso, véase M. Gieske, *Minnesota Farmer-Laborism: The Third-Party Alternative*, cit., p. 298.

<sup>72</sup> N. D. Markowitz, *The Rise and Fall of the Peoples' Century*, cit., p. 281.

<sup>73</sup> El autor se refiere aquí a los demócratas conservadores de *Dixie*, nombre informal por el que se conoce a los estados meridionales de Estados Unidos. [N. de la T.]

nacional para garantizar el apoyo meridional a sus políticas de Guerra Fría. No es de extrañar que las primeras en abandonarse fueran las tan cacareadas reformas de derechos civiles prometidas en el programa demócrata de 1948; lo siguiente fue la abrogación de la Ley Taft-Hartley, la prioridad número uno del programa del PAC. Cuando el estallido de la Guerra de Corea cerró las puertas al reformismo nacional y llevó a los Nixons y McCarthys al poder en Washington, el CIO se encontró una vez más al margen y con las manos vacías<sup>74</sup>.

Mientras la burocracia del CIO estaba perdiendo la batalla legislativa en Washington, la «segunda guerra civil» obrera —una batalla entre el ala derecha e izquierda del CIO— estaba chupando la sangre de algunos de los sindicatos industriales más importantes. La renuencia por parte de la corriente principal del CIO a aceptar la propuesta de John L. Lewis de emprender acciones de masas contra la Ley Taft-Hartley resulta más fácil de entender cuando se admite que muchos de estos mismos sindicatos en realidad estaban aprovechándose de las disposiciones anticomunistas de la ley para atacar otros sindicatos del CIO dirigidos por la izquierda. Así, en 1948, la UAW lanzó importantes incursiones piráticas contra el Farm Equipment Union [FEU, Sindicato de la industria de Equipamiento Agrícola] y el United Electrical Workers (UE). Después de la expulsión en 1949 de once sindicatos supuestamente controlados por los comunistas, estos ataques se convirtieron en un festín caníbal. El caso más trágico fue el desmembramiento forzoso del UE, el tercer mayor sindicato del CIO y tradicionalmente uno de los más combativos. En 1948, el UE había podido negociar desde una posición de fuerza porque representaba a todos los trabajadores de la industria de manufactura eléctrica; en 1953, después de cinco años de ataques y de la aprobación de la constitución de una sección internacional rival, alrededor de *ochenta* sindicatos diferentes habían parcelado la jurisdicción de el UE y estaban disputándose una afiliación que no llegaba a la mitad del tamaño de la base que el UE tenía en 1948. Mientras los ataques estaban en marcha, la patronal tuvo carta blanca para llevar a cabo purgas largo tiempo esperadas de los líderes locales y de rango medio combativos. En un solo día, en Chicago, por ejemplo, tres compañías eléctricas despidieron a más de quinientos representantes sindicales y delegados del UE (y luego recibieron el apoyo del Consejo Nacional de Relaciones Laborales de acuerdo con lo estipulado por la Ley Taft-Hartley)<sup>75</sup>.

El fratricidio dentro del CIO fue también la causa principal del hundimiento de la «Operación Dixie», su campaña organizativa meridional. Cuan-

---

<sup>74</sup> Véase H. SITKOFF, «Years of the Locust», en R. S. Kirkendall, *The Truman Period as a Research Field: A Reappraisal*, 1972, Columbia (Mo.), 1974, pp. 95-104. Sitkoff señala que el complejo militar-industrial creado durante la Segunda Guerra Mundial se consolidó gracias al gabinete económico de Truman, dominado por las grandes corporaciones (Snyder, Harriman, Allen, etc.) (pp. 87-90).

<sup>75</sup> F. Emspak, «The Break-Up of the Congress of Industrial Organizations (CIO), 1945-1950», cit., pp. 355-358.

do se lanzó en 1946, Murray la calificó del «impulso más importante de estas características que jamás haya llevado a cabo una organización obrera en la historia de este país»<sup>76</sup>. La estrategia original había previsto un proceso de movilización de los trabajadores del Sur en dos fases: en primer lugar, se trataba de concentrar los esfuerzos organizativos contra los empresarios regionales clave de fábricas sin sindicalización obligatoria, para luego proseguir con la consolidación política de los nuevos afiliados en PAC locales. Implícita en esta segunda fase de la «Operación Dixie» estaba la ambiciosa tentativa de reconfigurar el equilibrio nacional de fuerzas políticas para derrocar el poder *borbón* a través del registro masivo de votantes y el cultivo de un electorado obrero meridional. Pero la Operación Dixie apenas había despegado cuando se vio enredada en las guerras intestinas heredadas y en las purgas anticomunistas del CIO. La crisis llegó a su punto crítico en Alabama, cuando los propios trabajadores siderúrgicos de Murray intentaron romper una sección local de la Mine, Mill and Smelter Workers [Mineros, Fresadores y Trabajadores de la fundición], de corte izquierdista y representante de los combativos mineros negros del hierro de los alrededores de Birmingham. El anticomunismo se mezcló con un racismo manifiesto cuando la dirección de los trabajadores siderúrgicos blancos sembró el terror entre las bases de los mineros del hierro e impidió votar a los miembros negros del CIO<sup>77</sup>. Escenarios parecidos se reprodujeron en la industria textil y tabacalera. Tal y como ha observado Emspak, «en lugar de dedicar recursos a organizar a nueva gente, el CIO dedicó sus esfuerzos a desorganizar los sindicatos existentes. En efecto, la guerra civil en el seno del CIO supuso el fin de todo impulso organizativo sustantivo en el sur del país»<sup>78</sup>.

## V. BALANCE DE SITUACIÓN

En 1952, tras la victoria de Eisenhower sobre Stevenson, Jack Kroll, director del PAC, envió una nota confidencial a Walter Reuther en la que esbozaba un sombrío balance de la alianza entre el CIO y los Demócratas. En opinión de Kroll, el CIO, pese a sus denodados esfuerzos, heroicos y costosos, a favor del Partido Demócrata, todavía se veía negociando con éste «en gran medida tal y como lo haría con un patrón». Señalaba que, a diferencia de la relación del Trade Union Congress británico [TUC,

<sup>76</sup> Citado en F. R. MARSHALL, *Labor in the South*, Cambridge (Mass.), 1967, p. 254.

<sup>77</sup> *Ibid.*, pp. 258-260; y N. I. PAINTER, *The Narrative of Hosea Hudson*, Cambridge (Mass.), 1979, pp. 308 y 329-334. Hudson fue un comunista negro asombrosamente valiente que aguantó dos décadas de palizas, encarcelamientos y listas negras en el movimiento obrero de Alabama. En su opinión, «la dirección de los trabajadores siderúrgicos no tenía una actitud fría hacia la lucha por los derechos del pueblo negro. Tenía una actitud peor que fría» (p. 329). Además, este sindicalista hace hincapié en la exclusión de los negros de la Junta Ejecutiva del CIO en Alabama y en la negativa del PAC a registrar a los negros para que pudieran votar en Gadsden y en otras ciudades industriales (pp. 331-334).

<sup>78</sup> F. Emspak, «The Break-Up of the Congress of Industrial Organizations (CIO), 1945-1950», cit., p. 301.

Congreso Sindical] con el Partido Laborista, el CIO no tenía ni un solo voto en los consejos internos del partido ni ninguna voz en su funcionamiento cotidiano. Su relación con el Partido Demócrata en el Congreso era aún peor, ya que eran los conservadores meridionales, y no los liberales del Norte, los que controlaban las palancas del poder en el Parlamento y el Senado. «Así, pues, la rama congresista del partido podía ser por completo contraria a la legislación prosindical, aunque la convención nacional, la voz del partido elegida de manera democrática, hubiera declarado de forma pública su apoyo a tal legislación». Kroll citaba el ejemplo particularmente mortificante del apoyo *dixiecrata* a la legislación antisindical del «derecho a trabajar». En suma, Kroll sostenía que la situación se había hecho «intolerable» y que el CIO debería echar por tierra el *status quo* lo antes posible en pro de un nuevo programa político más acorde con sus intereses. Sus recomendaciones —nunca debatidas— iban de abandonar la política por completo a concentrarse en presentar a miembros del CIO como candidatos al gobierno<sup>79</sup>.

La valoración pesimista de Kroll era quizá poco sincera en la medida en que elidía las ventajas materiales que la burocracia obrera obtenía de la coalición (nombramientos políticos y poder clientelar local), pero en todo caso sigue siendo una confesión convincente del desastre del camino demócrata hacia el reformismo obrero. La utilización del sindicalismo industrial para renovar la maquinaria de recaudación de votos del Partido Demócrata fue una relación aprovechable eficazmente en una sola dirección. Este desequilibrio fundamental en el proceso de intermediación de poder que tanto frustró a la dirección del CIO era el resultado inevitable de la ausencia de tres factores que constituían los prerequisites necesarios de toda «socialdemocratización» del Partido Demócrata: (1) unidad obrera, (2) una realineación del sistema político de acuerdo con la clase y (3) el esquivo «votante del CIO».

### *El problema de la unidad obrera*

Tal y como hemos visto, las «guerras civiles» entre la AFL y el CIO y, más tarde, dentro del propio CIO, socavaron todo intento de formar un bloque liberal sólido dentro de la política estadounidense o de desarrollar la base de una acción política independiente por parte de los trabajadores. Sin minimizar los aspectos puramente políticos o interburocráticos del cisma entre la AFL y el CIO, el factor determinante subyacente seguía siendo la persistencia de aquellas divisiones entre la mano de obra de oficio y la de la producción en masa que habían polarizado al proletariado estadounidense desde el cambio de siglo. Tal y como hemos visto, el sorprendente resurgimiento de la AFL a finales de la década de 1930 bajo la bandera del patriotismo obrero y del anticomunismo explotaba los pre-

<sup>79</sup> J. C. Foster, *The Union Politic: The CIO's Political Action Committee*, cit., pp. 199-200.

juicios residuales de los trabajadores autóctonos y de antigua ascendencia inmigrante frente a los trabajadores étnicos de segunda generación de las minas y fábricas. La desunión obrera aumentó más si cabe a causa del racismo blanco generalizado que, con demasiada frecuencia, convirtió la militancia industrial del periodo bélico en «huelgas de odio» contra los recién llegados negros. Por último, la Guerra Fría fortaleció espectacularmente la hegemonía del catolicismo y del nacionalismo étnico de derechas en amplios sectores de la clase obrera industrial.

No obstante, estas tendencias centrífugas dentro del movimiento obrero podrían no haber resultado tan decisivas si el CIO hubiera conservado el ímpetu de sus primeras campañas organizativas. La cruda realidad era, sin embargo, que el sindicalismo industrial constituía sólo un éxito *parcial* y que sus derrotas resultaron tan proféticas como sus victorias en la configuración de la historia posterior del movimiento obrero. La inquisición anticomunista dentro del CIO, en particular, produjo una serie pasmosa de pérdidas: la «desindicalización» de las industrias eléctrica y textil<sup>80</sup>, la destrucción de prometedoras cabezas de playa en los sectores terciario, profesional y agrícola y el hundimiento de la «Operación Dixie». Estos reveses, a su vez, tuvieron efectos de largo alcance sobre la estructura de la clase obrera y del movimiento sindical en las décadas de 1950 y 1960.

En primer lugar, la incapacidad para extender la organización sindical al proletariado administrativo femenino en rápida expansión y a los trabajadores meridionales en general constituyó la base para una nueva jerarquización y segmentación de la clase obrera. En lo sucesivo, la vieja dimensión etno-religiosa de la estratificación obrera, aunque apenas eliminada<sup>81</sup>, perdió primacía frente a las divisiones raciales y sexuales presentes en la fuerza de trabajo. Del mismo modo, las diferencias de cualificación perdieron en conjunto importancia relativa en relación con la organización sindical y la incorporación a la norma generalizada de consumo de masas, de las que estaban excluidos la mayoría de los negros, los trabajadores meridionales y las mujeres cabeza de familia.

---

<sup>80</sup> Algunos datos estadísticos indicativos: el índice de sindicalización en el textil cayó de un 20 por 100 en 1948 a un 7 por 100 en 1962, mientras que la afiliación sindical general en un sur en rápido proceso de industrialización descendió de un 34,1 por 100 de trabajadores no agrícolas en 1953 a un 29,5 por 100 en 1964. F. R. Marshall, *Labor in the South*, cit., pp. 299, 302.

<sup>81</sup> La estructura interna de la clase obrera estadounidense todavía conserva las huellas visibles de su anterior estratificación. La sindicalización de la industria básica permitió que los trabajadores descendientes de los «nuevos inmigrantes» superaran el nivel mínimo de subsistencia y accediesen a la norma social de consumo representada por la propiedad de una vivienda y de un coche privado. De acuerdo con cualquier otro criterio, sin embargo, su movilidad social ha sido atrozmente lenta; en la industria siderúrgica, por ejemplo, no empezaron a aparecer capataces y supervisores eslavos hasta principios de la década de 1960. La atrasada movilidad ocupacional de los trabajadores industriales blancos étnicos ha resultado en varias ocasiones un acicate para la construcción de coaliciones con trabajadores negros o hispanos todavía más castigados y, en otros casos, un estímulo para la resistencia encarnizada al ascenso de la mano de obra no blanca. Véase J. BODNAR, *Immigration and Industrialization*, Pittsburgh, 1977, pp. 146-147.

En segundo lugar, los fuertes principios de solidaridad del CIO primigenio dieron paso cada vez en mayor medida a un «nuevo modelo» de sindicalismo empresarial<sup>82</sup> del que habían sido precursores los Camioneros, los Operarios y otros grandes sindicatos de la AFL a finales de la década de 1930 a partir de una amalgama impía de principios de los gremios de obreros de oficio y de los sindicatos industriales. En su libro *False Promises* [Falsas promesas], Stanley Aronowitz ha demostrado cómo el exclusivismo y la segmentación gremiales se volvieron a instaurar dentro de los sindicatos de posguerra del CIO. Especialmente destructivo para la solidaridad intrasindical fue el establecimiento de elecciones diferentes en función de las distintas categorías técnicas, de listas de antigüedad distintas por sección (particularmente discriminatorias para los negros y las mujeres) y de una negociación salarial porcentual (en lugar de una de «tipo fijo»). A resultas de todo ello, se reforzaron «las divisiones sociales dentro de las fábricas basadas en la etnia, la raza y el sexo», de modo que «la solidaridad alcanzada durante la campaña del CIO de dos décadas antes quedó destruida»<sup>83</sup>. Esta erosión de la identidad característica de los sindicatos industriales, así como el estancamiento relativo de su crecimiento, dejaron el camino libre para un acercamiento político, y más tarde organizativo, a la AFL, que constituyó tanto una claudicación frente al legado del gompersismo como una victoria para la unidad sindical<sup>84</sup>.

### *El sur: eje de la realineación política*

La desunión obrera contribuyó también al fracaso de la estrategia de realineación electoral a la que se habían adherido una mayoría de socialdemócratas y reformistas obreros frente al proyecto de un partido obrero independiente. Tal y como hemos visto, las relaciones entre las dos alas del movimiento obrero se encontraban en su punto más bajo en 1937-1938, en el mismo momento en que Roosevelt intentaba reunir a los liberales únicamente para intentar desbancar al ala más reaccionaria del Partido Demócrata. Pero el ala de la derecha demócrata resistió con facilidad a las tímidas purgas de Roosevelt y, a través de su nueva alianza con los Republicanos en el Congreso, acabó en realidad reforzando su poder. Este frente unido de demócratas *borbones* y republicanos en el Congreso

---

<sup>82</sup> El sindicalismo empresarial o *business unionism* es aquel que considera que los obreros y los patronos son «socios» y que la tarea de los dirigentes obreros es promover la colaboración entre ambos, en lugar de impulsar luchas de la clase obrera contra la patronal. [N. de la T.]

<sup>83</sup> S. ARONOWITZ, *False Promises*, Nueva York, 1973, p. 182.

<sup>84</sup> La AFL entró en las negociaciones para la fusión de ambos sindicatos desde una posición de fuerza. Desde 1953, su porcentaje de afiliación sindical nacional había aumentado de un 62 a un 64 por 100, mientras que el del CIO había descendido de hecho de un 23 a un 20 por 100. Esta relación de fuerzas se reflejó en el predominio de los antiguos representantes sindicales de la AFL en la Junta Ejecutiva unificada (17 antiguos miembros de la AFL frente a 10 del CIO), así como en las unidades decisivas de acción política, presión parlamentaria y política exterior. Véase G. K. WILSON, *Unions in American National Politics*, Londres, 1979, pp. 7-11.

mantuvo el equilibrio del poder legislativo durante más de una década tras 1937 y proporcionó la maquinaria política indispensable para la contraofensiva empresarial cada vez más enérgica contra el CIO. A fin de consolidar una mayoría en torno a sus iniciativas en política exterior, tanto Roosevelt como Truman se vieron obligados a cortejar a la derecha demócrata transigiendo en las cuestiones relativas a los programas sociales y los derechos civiles. Así pues, a partir de 1938, el mantenimiento de un consenso bipartidista en apoyo del imperialismo estadounidense anuló las exigencias de legislación social o reforma política. Al aceptar la disciplina de la movilización de la Guerra Fría, los sindicatos y sus aliados liberales renunciaron a su independencia de acción y ratificaron la subordinación del sistema de bienestar social al anticomunismo global.

Aunque el CIO hizo intentos periódicos de burlar a la derecha demócrata organizando sus propias alianzas populares con agricultores trabajadores y con profesionales liberales afines, no consiguió lanzar un ataque sostenido contra el reducto del poder político de la derecha: el sistema de «distritos podridos»<sup>85</sup> del sur. Todo el edificio del conservadurismo demócrata, así como las alianzas interconectadas de empresarios y políticos de la Guerra Fría que lo sostenían, descansaba en última instancia sobre los ejes de la negación del derecho a voto a los negros y de la capitación [*poll tax*]<sup>86</sup>. En el sistema monopartidista del sur profundo, una especie de revolución jacksoniana a la inversa, en reacción a la amenaza del populismo de la década de 1890, había arrebatado el voto a la mayoría de la población trabajadora, tanto blanca como negra. En las elecciones al Congreso de 1938, por ejemplo, 43 congresistas meridionales fueron elegidos sin *un solo* voto rival y 26 se enfrentaron a un oponente que contaba con menos de 100 papeletas, mientras que en 29 distritos votó menos del 4 por 100 del electorado. Estos beneficiarios de las «primarias blancas», del título de propiedad y de la capitación de dos dólares, a su vez, controlaban un tercio de los comités permanentes en el Congreso y tenían un verdadero poder de veto sobre la legislación de reformas<sup>87</sup>.

---

<sup>85</sup> *Rotten-borough* en el original. Se conoce por «distritos podridos» a aquellos distritos de la Gran Bretaña del siglo XIX que estaban representados en el Parlamento sin tener ya un verdadero electorado. Antes de la Ley de Reforma de 1832, en la que la mayoría de estos distritos perdieron el voto, la elección de los parlamentarios que les correspondían estaba en manos de una persona o familia. Al hablar del sistema de «distritos podridos» del sur, el autor establece un paralelismo entre esta situación de la Gran Bretaña decimonónica y la situación política de *Dixie*. [N. de la T.]

<sup>86</sup> Para los negros, el New Deal fue en el mejor de los casos agri dulce. Pese a haber abandonado en masa el Partido Republicano en 1936 para apoyar a FDR, pronto descubrieron que el Partido Demócrata seguía siendo tan supremacista blanco como siempre. Ni siquiera los ruegos de su propia esposa consiguieron persuadir a Roosevelt, siempre consciente de su flanco meridional, de aprobar leyes contra los linchamientos, mucho menos de apoyar el derecho a voto de los negros. En consecuencia, menos de 250.000 nuevos votantes negros se añadieron al electorado en la década de 1930. Véase G. B. TINDALL, *The Emergence of the New South*, Baton Rouge, 1967, p. 557.

<sup>87</sup> D. BROWN, «The South's Belated Revenge», *Common Sense* (abril de 1938), pp. 15-17.



La concesión del derecho a voto a las masas meridionales, por lo tanto, era la clave para la recomposición del Partido Demócrata y la consolidación de la mayoría laborista-liberal en el Congreso. Pero el problema del sufragio estaba inextricablemente unido a la existencia de esos dos pilares del dominio de clase en el Sur: *Jim Crow*<sup>88</sup> y las fábricas con sindicalización no obligatoria. Sólo una gran campaña de sindicalización muy bien coordinada que respaldara plenamente los derechos civiles de los negros podría haber sido capaz de generar las condiciones de una unidad interracial y un derrocamiento popular del poder *borbón*. El abandono de la «Operación Dixie» ante la represión sistemática y las propias contradicciones internas del CIO en tiempos de la Guerra Fría constituyó un golpe casi mortal para las esperanzas en otro tiempo brillantes de una rebelión de base obrera de este tipo en el sur. Al mismo tiempo, la gradual marcha atrás del CIO nacional en lo referente a derechos civiles (una tendencia íntimamente ligada al ascenso del anticomunismo) dejó al movimiento negro más vulnerable aún ante la violenta reacción racista que azotó el país a finales de la década de 1940<sup>89</sup>. Esta desarticulación de los movimientos obrero y negro tuvo consecuencias devastadoras para ambos. Su resultado inmediato fue proporcionar al antiguo régimen de Dixie nuevo vigor y permitir que los secesionistas dixiecratas de 1948 (que retiraron su apoyo al programa electoral regular en protesta por el plan a favor de los derechos civiles de Truman) restablecieran de manera triunfal su poder en el Partido Demócrata durante los primeros años de la década de 1950. A largo plazo, hizo la revolución por los derechos civiles incomparablemente más difícil y sangrienta, reforzó el racismo de la clase obrera blanca y metió la liberación negra en un molde más corporativista.

---

<sup>88</sup> Con el nombre de Jim Crow se designa, en Estados Unidos, la política de segregación y discriminación de los negros que fue impulsada en los Estados sureños, tras la abolición de la esclavitud, a través de un conjunto de códigos sociales y legales que prescribían la completa separación de las «razas» y restringían severamente las oportunidades de vida de los afroamericanos, al mismo tiempo que les ataban a los blancos dentro de una relación de sumisión respaldada por la coacción legal y por la violencia. El régimen de Jim Crow no fue puesto en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. [*N. de la T.*]

<sup>89</sup> Los dirigentes negros se quejaron de la ausencia de representación negra en las ejecutivas sindicales nacionales, del apoyo por parte del CIO a candidatos declaradamente racistas en los estados sureños y de su incapacidad para movilizar sus fuerzas en la lucha contra el terror provocado por los linchamientos durante la posguerra. Su motivo de queja central, sin embargo, era que el CIO no hubiera defendido las modestas mejoras que los trabajadores negros habían obtenido durante el periodo de la reconversión de los años de guerra. La dirección nacional del CIO rechazó una propuesta impulsada por los comunistas de ajustar las listas de antigüedad de modo que los despidos no afectaran de manera desproporcionada a los negros. El resultado, por supuesto, fue que los negros —y las mujeres— siguieron siendo «los últimos en ser contratados, pero los primeros en ser despedidos». Además, para el periodo de la expulsión de los sindicatos con una dirección de izquierdas, la postura del CIO hacia los derechos civiles estaba perdiéndolo todo menos su base retórica. Esta abdicación por parte del CIO constituyó, a su vez, un factor de la dificultad con la que se encontraron los negros para recuperar cualquier terreno económico durante la expansión económica de la Guerra de Corea. Cfr. J. Williamson, *Dangerous Scot*, cit., p. 165; Ray MARSHALL, *The Negro and Organized Labor*, Nueva York, 1965, pp. 46-49; P. Foner, *Organized Labor and the Black Worker*, cit., p. 287; y J. C. Foster, *The Union Politic: The CIO's Political Action Committee*, cit., p. 287.

*El esquivo «votante sindical»*

Por último, está el problema del «votante sindical». La razón de ser última del PAC era la politización de la afiliación del CIO para producir un electorado seguro y disciplinado. Para lograrlo, el PAC intentaba convencer a los trabajadores industriales que la alianza obrera con los demócratas liberales era la mejor representación política de sus intereses de clase. No consiguió hacerlo en dos sentidos. En primer lugar, porque los demócratas no solían representar los intereses de los trabajadores, ni siquiera sus intereses más defensivos y a corto plazo. Reiteradas experiencias de desencanto y frustración programática produjeron ciclos de abstencionismo obrero y retirada del sistema político, como en 1942 y 1946; sólo la amenaza de la liquidación completa de reformas anteriores provocó elevados índices de participación electoral obrera, como sucediera en las carreras presidenciales sumamente polarizadas de 1936 y 1948<sup>90</sup>.

Pero el PAC también fracasó porque no entendió bien la naturaleza del vínculo que unía al votante obrero europeo a su partido. Después de todo, lo que convierte la pertenencia a un movimiento obrero en un compromiso profundo y hereditario no es un mero cálculo feliz de interés propio. Hasta el partido obrero o socialdemócrata más anémico de Europa occidental cosecha la íntima autoidentificación cultural de la clase obrera con sus instituciones. Reproducir las lealtades políticas de clase de estilo europeo en Estados Unidos implicaba suponer una réplica exacta de un conjunto parecido de identificaciones primarias con el sindicato y el partido. En Estados Unidos, hubo desde luego momentos en las décadas de 1930 y 1940 en los que la lucha por el sindicalismo industrial parecía estar creando una cultura alternativa y un nuevo modo de vida cotidiana. La visión del Women's Auxiliary [Cuerpo Auxiliar Femenino] expulsando a los matones de la General Motors de las calles de Flint o del sonido de diez mil huelguistas de la Ford cantando «Solidarity Forever» [Solidaridad siempre] fueron experiencias que rebasan las jactanciosas

---

<sup>90</sup> Algunos índices del fracaso del CIO a la hora de crear un electorado obrero unido y activista: el Director Nacional del Committee on Political Education (COPE, Comité de Educación Política, sucesor del PAC y la LLPE en el seno de la AFL-CIO) calculaba a finales de la década de 1950 que menos del 40 por 100 de los miembros del sindicato estaban registrados para votar, mientras que un sondeo parecido de la Amalgamated Clothing Workers [Trabajadores de la Confección Unidos] en varios Estados encontró apenas un 20-30 por 100 registrado (S. LENS, *Crisis of American Labor*, Nueva York, 1959, p. 298). En un estudio comparativo de los trabajadores del automóvil en el mundo, William Form encuestó a miembros de la sección sindical local de la UAW en la Oldsmobile de Lansing, Michigan. Descubrió que por lo menos un 60 por 100 de las bases estaban en desacuerdo con las recomendaciones políticas del COPE y, en general, no creían que el sindicato debiera apoyar candidatos. Además, un 40 por 100 estaban registrados como republicanos o «independientes» (W. H. FORM, *Blue-Collar Stratification*, Princeton, 1976, pp. 146-147). Estos estudios podrían interpretarse como una prueba confirmatoria de la tesis de C. W. Mills, de acuerdo con la cual el sistema bipartidista tiende inevitablemente a «despolitizar» a la clase obrera, al negar una representación adecuada de sus intereses inmediatos (C. Wright Mills, *New Men of Power*; cit., pp. 269-270).

ecuaciones de los libros de texto de nuestros días sobre la «dinámica de determinación del salario». Pero el carácter general de la militancia sindical de las décadas de 1930 y 1940 estaba definido, tal y como ha subrayado Dubovsky recientemente, por la participación limitada y episódica de la mayor parte de los trabajadores industriales<sup>91</sup>. La recomposición de la clase obrera durante el periodo bélico introdujo una discontinuidad elemental reflejada en el contraste entre la dinámica interna y las resonancias políticas de las oleadas de huelga de 1934-1937 y 1943-1946. Agréguese a esto la persistencia de la desunión obrera, y resulta más claro por qué la militancia del CIO carecía de la fuerza y la coherencia experiencial para crear el embrión de una nueva «cultura» de la clase obrera. Lo que se creó, en cambio, fue un nuevo nexo de relaciones y alianzas en el lugar de trabajo que proporcionó suficiente unidad para asegurar la eficacia del sindicato, mientras que, fuera de los centros de trabajo, la clase obrera seguía encontrando su identidad social en comunidades étnicas y raciales fragmentarias<sup>92</sup>.

La estrategia política del CIO contribuyó de hecho a esta disminución de la militancia en la medida en que la subordinación de los sindicatos al aparato demócrata condicionaba y reforzaba la canalización del activismo de fábrica dentro de un nuevo laberinto legal de contratos por tiempo, mediación gubernamental y grupos de presión legislativa. Por irónico que parezca, John L. Lewis, el artífice inicial de la subordinación del CIO al New Deal, desempeñó el papel de una Casandra solitaria para la burocracia sindical de finales de la década de 1940, recordándole que la verdadera influencia política de los sindicatos se anclaba en última instancia en su capacidad de movilizar y sostener acciones de masas en el lugar de producción. Por consiguiente, defendía una respuesta combativa a la aprobación de la Ley Taft-Hartley. En lugar de ello, la dirección del CIO, confiando en los grupos de presión secretos y en las campañas de apoyo a los demócratas, cedieron por voluntad propia los últimos vestigios de su independencia política y desmovilizaron a esa militancia de base que constituía la fuente de su propia influencia política<sup>93</sup>.

A falta de una unidad con el movimiento negro y de una revitalización de la participación de las bases, los sindicatos se convirtieron, por consiguiente, en la base política cautiva del ala «liberal» anticomunista del Partido Demócrata, cuya capacidad para llevar a cabo un proceso de reformas sustantivo se veía permanentemente constreñida tanto por el peso del ala derecha demócrata, como por las exigencias del bipartidismo de la Guerra

<sup>91</sup> M. Dubovsky, «Not So “Turbulent Years”: Another Look at the American Thirties», cit.

<sup>92</sup> Para análisis intrincados de las complejas interfaces entre el sindicalismo industrial y la política étnica, cfr. P. FRIEDLANDER, *The Emergence of a UAW Local*, Pittsburgh, 1975; y W. KORNBLUM, *Blue Collar Community*, Chicago, 1974.

<sup>93</sup> Para una interpretación mordaz de la crisis contemporánea de la burocracia obrera estadounidense, véase R. BRENNER, «A New Social Democracy?», *Against the Current* (otoño de 1980).

Fría. La captura del movimiento obrero en el New Deal amplió la base del Partido Demócrata, pero ni mucho menos lo transformó en un análogo del laborismo o la socialdemocracia europeos. De hecho, ¿hay algo más sorprendente que la discordancia entre el papel de los obreros en la movilización y la financiación electoral y las exiguas recompensas legislativas que recibieron a cambio? El mantenimiento de la Ley Taft-Hartley y la atrofia del Estado de bienestar en Estados Unidos se encuentran entre los monumentos más elocuentes al fracaso obrero a la hora de «funcionalizar» sus intereses cotidianos más esenciales a través del Partido Demócrata<sup>94</sup>. Incluso el resurgimiento aparentemente espectacular de la influencia política de los obreros organizados durante los gobiernos de Kennedy y Johnson en la década de 1960 se muestra ahora en perspectiva como una falsa primavera, seguida de las debacles electorales sucesivas de la década de 1970 y de una nueva fragmentación del movimiento sindical.

Si la influencia política de la AFL-CIO alcanzó su apogeo bajo la «Gran Sociedad» de Lyndon Johnson de mediados de la década de 1960, en gran medida se debió a que la burocracia obrera aprovechó la estela del movimiento por los derechos civiles. La militancia de los negros creó por primera vez desde finales de la década de 1940 las condiciones políticas para una reanudación del proceso de reformas sociales y catalizó asimismo una oleada de sindicalismo en el sector público. El anticomunismo virulento y la belicosidad de la Ejecutiva de la AFL-CIO, sin embargo, rompieron la alianza de fuerzas liberales, mientras el Partido Demócrata se polarizaba entre las facciones dura y blanda en 1968. Después de que la AFL-CIO no apoyara la candidatura antiguerra de McGovern en 1972, los sindicatos más «liberales», tales como los Oil Workers [Trabajadores Petrolíferos] y el sindicato de los funcionarios públicos (AFSMCE) siguieron el ejemplo anterior de los Auto Workers (que dejaron la AFL-CIO en 1967) y restablecieron aparatos electorales independientes. En las elecciones presidenciales de 1976, los comités de campaña de estos sindicatos se unieron a la UAW para constituir la «Labor Clearing House» [Cámara de Compensación Obrera], una camarilla liberal claramente definida ligada al sector Kennedy del Partido Demócrata. Entretanto, el preboste de la AFL-CIO, George Meany, había estado negociando secretamente con los regímenes de Ford y Nixon sobre la posibilidad de que el COPE retomara una estrategia gompersiana de intermediación bipartidista; una estrategia que poco después se hundiría a raíz del Watergate y del endurecimiento general de la lucha de clases económica en la década de 1970. En 1978, el COPE hizo un intento de reunir el movimiento sindical cada vez más dividido y esclerótico en un gran esfuerzo de presión en pro de una reforma legislativa del derecho laboral. El rechazo de la campaña del COPE por parte de un Congreso en su arrolladora mayoría demócrata constituyó el peor re-

---

<sup>94</sup> «En 1949, después de más de cuatro legislaturas completas de gobierno del Partido Demócrata, Estados Unidos ocupaba el último puesto de los Estados capitalistas industriales en gasto en el sistema de bienestar (4,4 por 100 del PNB)», I. KATZNELSON, «Considerations on Social Democracy in the United States», *Comparative Politics* (octubre de 1978), p. 84.

vés político de los trabajadores organizados desde el fracaso en la abrogación de la Ley Taft-Hartley en 1949 y anunció el declive de su influencia dentro de un Partido Demócrata en rápida transformación y cada vez más escorado hacia la derecha. La posterior incapacidad del COPE en 1980 para detener la marea reaganiana en el corazón industrial no supuso más que una irónica decepción, puesto que la mitad de las bases se quedaron en casa, mientras que otro 25 por 100 votó por su intereses más inmediatos contra el retroceso demócrata. Si una «mayoría» republicana emergente está sustituyendo a la vieja coalición del New Deal como fulcro del sistema electoral estadounidense, se debe únicamente a que cuarenta años de matrimonio entre los trabajadores organizados y los demócratas han producido una clase obrera políticamente desalentada y alienada.